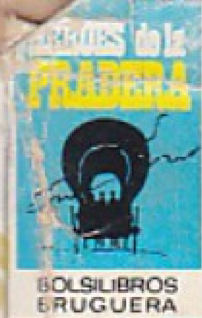
UNA RECETA CON PLOMO

Keith Luger



PRADERA 604

Keith Luger

UNA RECETA CON PLOMO

Keith Luger
UNA RECETA CON PLOMO

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 604 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, **S.** A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84 02-02524-2 Depósito legal: B. 16.205-1981
Impreso en España - Printed in Spain
3.ª edición: julio, 1981

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1981

CAPITULO PRIMERO

Dick Score, rubio de ojos verdes, barbilla hendida y fuerte complexión, se hallaba en el interior de la cueva, apoyado en la pared, con el rifle entre las manos, cuando escuchó un sonido procedente del exterior.

Se incorporó precipitadamente y alzó el rifle.

—¿Quién anda ahí?

—Somos nosotros, Dick —se escuchó una voz bronca.

Los ojos verdes de Dick se achicaron al ver aparecer a tres sujetos en la entrada de la cueva.

Presentaban un aspecto derrotado, las barbas crecidas.

Sin embargo, Dick distendió los labios muy satisfecho, a la vista de los tres individuos.

—Ya creí que os habíais rajado, chicos.

El que había entrado primero, un tipo de ojos muy juntos, huesudo, rió broncamente y se sacudió las estropeadas ropas.

—¿Qué os dije, muchachos? Dick ya estaba comido por la impaciencia.

—¿A cuánta gente hay que despachar, Dick?

Los dos sujetos que seguían al huesudo gruñeron sin decir palabra.

Dick apoyó el rifle en la pared y chascó la lengua.

—Yo estaba seguro de que no me fallarías, Bab.

El huesudo Bab tomó asiento en una piedra achatada por arriba e hizo un gesto gráfico a los dos que le seguían.

—Adelante, chicos. Dick nos va a poner al corriente sobre el trabajo. ¿Eh, Dick? Este es Chock, y el pequeño, Timmy.

Dick paseó a lo ancho de la cueva y, tras un carraspeo, dijo:

—En esta faena vais a ganar el cincuenta por ciento, Bab.

—¿A cuánto asciende?

—Cinco mil dólares. El cargamento vale los diez mil.

—Caramba, Dick, los chicos y yo estamos mudos de asombro.

—Sabía que os gustarla.

—¿A cuánta gente hay que despachar, Dick?

El rubio sonrió.

—Por supuesto, a nadie, Bab.

—Se trata de un trabajo limpio, ¿eh?

—Y además de lo más sencillo de la temporada.

Bab tosió varias veces.

—Oye, muchacho. Tú nos has alquilado cuando te hemos hecho falta y siempre nos hemos entendido bien.

—Esta vez tampoco tendréis queja.

—Dick —resolló Bab—, Me escama mucho que nos busques a nosotros para un trabajo de diez mil machacantes. Tu jefe tiene gente de sobra para realizar ciertos asuntos. Por eso siempre nos has dado cosas de menor cuantía. ¿Será que es arriesgado?

El rubio se rascó la hendedura de la barbilla.

—Tan arriesgado como beberse una grosella con pajuela.

Bab abrió la bocaza y prorrumpió en una sonora carcajada.

—¿Lo estáis oyendo, muchachos? Así es Dick Score. Un tipo que infunde ganas de trabajar porque tiene humor, seriedad y honradez. Sí, señor. Un tipo honrado a carta cabal. Anda, Dick, escupe porque nos tienes en suspenso, muchacho.

—Hay que robar un par de vagones de tren.

El silencio se extendió por la atmósfera.

La cigarra cantaba afuera y el sonido parecía llegar muy dentro de la fresca cueva.

Bab consiguió cerrar la boca, con varios esfuerzos, porque la tenía abierta por la sorpresa.

—¿Has dicho dos vagones de tren, hijo?

—Tienes el oído fino todavía, ¿no?

Bab rompió a reír.

—¿Qué os parece el chiste, hijos? —se dirigió a los dos individuos silenciosos que le habían acompañado—. Dick siempre empieza con un par de anécdotas para partirse de risa. Pero luego se pone serio y habla de negocios como los propios ángeles.

—Estoy hablando ahora en serio, Bab.

—¿Eh?

—Sí, Bab. Hay que hacer desaparecer dos vagones de tren, dos vagones de mercancías.

—¡Que me aspen!

Dick se detuvo ante el trío de recién llegados y los contempló ceñudo.

—En esos dos vagones está el botín.

Bab pestañeó tratando de adivinar el pensamiento del rubio.

—¿Qué hay en esos vagones que valga diez mil pavos, hijo?

—No es oro...

—¿No?

—Ni plata...

—¿Tampoco?

—Ni cobre, ni plomo, ni bronce, ni petróleo...

—Por todos los santos, Dick. ¡Dilo de una vez!

El rubio Dick emitió una risita y extrajo un cigarro del bolsillo superior de la camisa.

Le pegó fuego encendiendo un fósforo con la uña.

La curiosidad comía a los tres sujetos que le contemplaban.

—Hay puros habanos.

Un largo silencio se extendió por la cueva.

Bab, Chock y Timmy estaban hechos una pieza escultórica a causa del asombro.

—Puros habanos —repitió Dick y, apartando el veguero de la boca, lanzó un par de anillos de humo que pasaron sobre las cabezas de los tres individuos.

Bab carraspeó con fuerza.

—Espera, hijo. Lo hemos oído muy bien, lo has repetido un par de veces. Pero ya sabes, Chock, Timmy y yo somos buenos con el gatillo, sujetos aseados en el arte de las armas. Eso nos hace ser algo duros de mollera. ¿Quieres decir que robaremos un cargamento de puros de la Habana, Dick?

—Diana.

—¿Y los puros viajan solitos en esos vagones?

—Otro acierto, Bab.

—¡Y tenemos que desprender dos vagones del convoy para limpiar esas cajas de puros habanos!

Dick sonrió.

—¿Aún dices que tienes telarañas en la cabeza, Bab? Si eres el tipo más despierto que me he echado a la cara.

Bab rompió a reír con fuerza.

Palmeó a sus dos compinches, quienes le miraron con sorpresa.

Bab siguió riendo y luego se acostó en el suelo y sacudió las piernas como víctima de un ataque epiléptico.

Por fin se fue calmando ante la apacible mirada del rubio Dick y

dijo entre risas:

—¡Infiernos, tenía que esperar de ti un trabajo de esa categoría. Dick!

—Lo guardé especialmente para vosotros, Bab.

—¡Es un golpe de los mejores que hemos dado en mucho tiempo, rubito!

—Un trabajo así da nombre a los tipos que lo realizan, presta un sello de categoría, Bab.

Bab respiró con fuerza.

Sentíase el hombre más feliz del mundo.

Por fin se acodó en la piedra y se inclinó hasta el rubio.

—Anda, Dick. Ponnos al corriente de cómo lo hemos de hacer.

—¡Un momento! —dijo una voz desagradable en la entrada de la cueva—. Nosotros también tenemos que enterarnos.

Los ocupantes de la cueva se volvieron con sorpresa.

Dos tipos de peor aspecto que el trío recibido por Dick Score se hallaban apoyados a cada lado del hueco de la caverna.

Eran los sujetos más siniestros que podía verse.

El de la derecha era muy alto, delgado, y sus ojos saltones brillaban de un modo extraño.

El de la izquierda era gordete, muy sucio, cara aceitosa, y su aspecto recordaba al de los sapos.

—¡Jack Pollman y Mickey Flo! —exclamó Bab.

El rubio Dick hizo una mueca.

—Son ellos.

Jack Pollman y Mickey Flo se despegaron de la entrada de la cueva y se adentraron.

—Ya veo que os alegráis, muchachos —dijo Jack.

El huesudo Bab miró perplejo a Dick.

—Eh, muchacho, ¿qué hace esta pareja de piojosos en el asunto?

Dick chascó la lengua.

—Verás. Bab. Tenía que asegurarme de disponer gente para ese negocio. Supón que fallas tú y los chicos.

—Ya lo he supuesto.

—Pues bien, habría tenido que echar mano de estos dos muchachos que tampoco son malos.

Los dos recién llegados se miraron y luego clavaron los ojos en el rubio Dick.

—Eh, Dick, ¿quieres decir que nos dejas fuera del asunto?

Dick hizo una mueca de pesar.

—Lo siento, Jack. Pero se han adelantado Bab, Chock y Timmy.

—Así por las buenas, ¿eh?

—Ya os dije que no había nada seguro.

—Maldita sea —exclamó Jack—. Ha de haber parte para nosotros. Estamos sin linda desde hace un par de meses. ¡Queremos trabajo, Dick!

—No habría suficiente para todos, Jack. Creedme que lo siento. Dejadme vuestra dirección en Dallas y, si sale alguna cosilla en estos días, ya os avisaré.

—Nones.

Dick suspiró contrariado.

—Canastos, no quiero dificultades. Ya sabéis que algunas veces os he dado a ganar un trozo de pan.

—Esta vez también será…

Dick fue a decir algo, pero miró al trío Bab, Chock, Timmy, y apretó los labios, abriendo las manos en signo de impotencia.

Bab despegó las posaderas de sobre la piedra plana.

—Bueno, arreglemos esto en un periquete.

Jack y Mickey sonrieron aliviados.

—¿Vamos a partir el león entre todos? —dijo Jack—. Bueno, chicos, eso demuestra sociabilidad.

Bab chascó la lengua.

—Lo que quiero decir es que Dick os dará un par de dólares a cada uno para que os aliviéis y todo arreglado.

—¿Qué chamullas, bastardo? —masculló Jack, y sus ojos parecieron más saltones.

Dick intervino:

—Subiré hasta cinco pavos para cada uno de vosotros, Jack. Tomad el dinero y ya os buscaré alguna faena.

—Nones —dijo Jack, los ojos más salientes cada vez.

—Bueno —suspiró el rubio Dick—. Pon tú solución, Jack.

El tipo de los ojos errantes sonrió de lado.

—Te vamos a limpiar la cueva y nos quedaremos solitos.

—¿Eh?

—Sacaremos a Bab, Chock y Timmy a tiro limpio.

—Maldición —gruñó el rubio Dick—. ¿Está bien que os peleéis

como perros?

Jack sonrió de modo impresionante.

—Que saquen la artillería. Les damos ventaja. El que quede en pie hará el trabajo que ofrece el gran Dick Score.

Bab soltó una imprecación entre dientes.

—Bueno, vosotros lo queréis, Jack.

—Ya estaba cansado de que me quitaras el pan de las manos. ¡Fuego, Mickey!

Jack y Mickey sacaron las armas a una velocidad endiablada.

Bab, Chock y Timmy tampoco eran mancos.

Gatillearon al mismo tiempo que la pareja de advenedizos.

Los estampidos atronaron la caverna.

Dick permanecía neutral en aquella cuestión y se entretuvo en encender el puro, que se le había apagado.

Cuando sopló la cerilla, inhaló profundamente en el cigarro y volvióse para ver el resultado de la discusión.

Jack reculaba hacia el exterior, con las manos en el vientre y los ojos más saltones que nunca.

Se derrumbó entre las piedras y aún incorporó medio cuerpo para gritar:

—¡Hijos de perra!

Luego se venció definitivamente hacia atrás.

Su compañero Mickey permaneció más silencioso porque tenía la cabeza destrozada y ahora colgaba de un arbusto de afuera, balanceando el cuerpo como un péndulo.

Bab sopló el caño del revólver y lo enfundó.

—Bueno, todos conformes —dijo—. ¿No era la mejor solución, Dick?

El rubio sonrió satisfecho:

—Sabes darle a las situaciones el tratamiento adecuado, muchacho.

Bab se rascó el sobaco.

—Ahora lo mejor será que nos des los detalles del trabajito.

El rubio dio varias chupadas en el cigarro para avivar el fuego y, mientras iniciaba un paseo, empezó a decir:

—El tren de mercancías hará el recorrido Austin-Abilene.

—¿Dónde hemos de salirle al paso, Dick?

—En el tren viaja uno de nuestros hombres que se encargará de

desenganchar los dos vagones en plena marcha.

—¿Por qué los dos, Dick?

—La mercancía, los puros, viajan en el penúltimo. Por eso tienen que soltar también el último vagón.

—Entendido.

—Pero como el lugar del desenganche es en la comarca de Los Valles, los vagones desprendidos no quedarán quietos.

—Recularán por la pendiente rumbo al punto de partida.

Dick sonrió.

—Sin embargo, nunca llegarán. Vosotros estaréis esperando a los dos vagones al comienzo de Los Valles. Llegarán convertidos en dos bólidos debido a que la bajada es bastante pronunciada. Pero vosotros dejaréis que frenen un poco la marcha al encontrar otra nueva subida que empieza donde esperáis. Entonces los podréis atrapar, echaréis los frenos y comenzaréis a descargar el género en el carromato que tendréis a punto. Además, el lugar es solitario.

—Mientras tanto, el tren seguirá su marcha hacia Abilene. ¿Eh, Dick?

—Sí, Bab. Y cuando se den cuenta de que no llevan los dos vagones ya será demasiado tarde.

Bab rompió a reír.

—Infiernos, es un trabajo de mérito.

—No puede fallar. Nuestro hombre tiene instrucciones de soltar los dos vagones cuando remonten la cuesta de Los Valles. La pareja de vehículos irá velozmente hacia abajo y la otra parte del convoy seguirá arriba sin advertirlo. ¡Que os echen un galgo!

Todos rieron de buen humor.

Bab se balanceaba adelante y atrás, con las manos en los riñones.

En uno de los balanceos miró hacia la entrada y dejó de reír en seco.

—¿Qué infiernos? —rugió—. ¿Quiénes son ésos, Dick?

Las risas se acallaron.

En la entrada, tres jóvenes polvorientos y cansados se hallaban con las armas en las manos.

—Podemos reírnos nosotros también,' ¿eh, Dick?

El rubio frunció el entrecejo y sacudió la cabeza.

Miró a Bab.

—Son tres suplentes que me busqué por si fallabais vosotros, y

también Jack y Mickey.

Bab tenía los maxilares muy apretados.

—Y ahora también quieren jaleo como Jack y Mickey, ¿eh?

—Ya hemos visto lo que hicieron con ellos —dijo el más recio de los recién llegados—. Por eso dispararemos primero y luego trataremos con el rubio Dick.

Bab soltó un rabioso salivazo.

—Maldición, no sabía que tendría tantas dificultades. Me cuesta más tomar la faena que hacerla. ¡Va por ustedes!

Al mismo tiempo que soltaba la exclamación hizo brotar una llamarada de su mano derecha.

La acción fue copiada por Chock y Timmy.

Los tres rodaron por los suelos sin dejar de disparar.

Los tres tipos de la entrada tenían todas las ventajas por empuñar las armas desde el principio.

Pero cuando quisieron colaborar con efectividad al coro de estruendos, ya era tarde.

Salieron de la caverna empujados por los plomos.

Aun así, Bab, Chock y Timmy siguieron disparando hasta agotar la carga, con el solo objeto de apartar los cadáveres de la puerta.

Cuando el orden fue restablecido, Bab se puso en pie y dirigióse muy serio hacia el rubio Dick.

—Muchacho —dijo—, si aparecen más competidores me enfadaré de veras contigo.

—No hay más competidores —dijo Dick.

Bab se sentó en la piedra plana, gruñó y dijo:

—Ahora ponme al corriente de los detalles.

CAPITULO II

Teo Full, de sesenta años, pequeñajo, barba recortada en punta y ojillos brillantes, gateó por el techo del último vagón de mercancías y se descolgó ágilmente hacia la puerta corredera del vehículo.

Allí pataleó unos segundos al aire, a pique de irse al vacío, pero la agilidad extraordinaria que poseía le salvó del trance porque dio un acertado impulso adentro del vehículo y cayó de pie sobre la paja.

—¡Rocky! —exclamó—. ¡Tenemos que apearnos como sea!

El hombre llamado Rocky, un joven de unos veinticinco años, fuerte, constitución física, moreno, de facciones correctas, se incorporó a medias en el techo de paja y pestañeó:

—Estaba durmiendo. ¿Cómo decías?

—¡Hemos de largarnos de aquí, Rocky!

—¿Qué pasa, Teo?

—¡El jefe de expedición ha organizado una caza en el convoy para atraparnos!

—Ya será menos, Teo.

—¡Infiernos, ponte en pie de una vez! ¡Despierta, muchacho!

Rocky se incorporó mostrando una talla cercana al metro noventa.

—Estás inquieto, Teo. Los viajes largos te destemplan los nervios. Eso es, Teo.

—¡Qué diablos…! Lo que me saca de quicio es que no hemos tenido una hora buena desde que salimos de Austin. Allí tuvimos que atrapar el tren sin tiempo a tomar billete.

—No fue muy importante ese detalle, Teo —tosió Rocky y se desperezó.

—Luego aquel tipo nos descubrió en el vagón número cuatro.

—Debe dolerle la mandíbula.

—Sí, le cascaste cuando el tipo intentó tirarnos a la vía. ¿Pero qué hemos conseguido? Ahora intentan una batida por todo el tren. Pasarán de vagón en vagón y registrarán todos los rincones. ¡Acabarán encontrándonos! ¡Y entonces lloverán los palos sobre nuestras cabezas!

—Teo…

—Yo me largo ahora mismo de aquí, Rocky. Quédate si quieres en el jaleo.

Fue a salir al aire libre.

Pero Rocky lo atrapó por la camisa y lo atrajo.

—¿Quieres romperte la calavera, abuelo? Vamos a treinta millas por hora.

Teo aulló con un pie en el aire:

—¡Infiernos, es cierto...! ¿Cómo puede correr tanto esta cafetera?

Regresó al interior y comenzó un bailoteo nervioso.

Rocky observó por los resquicios y luego volvióse.

—Tardarán en llegar aquí, Teo.

El viejo respingó amargamente.

—Por todos los diablos. ¿Hay suerte más perra que la nuestra?

—No sé...

—Estábamos la mar de bien instalados en Abilene. Teníamos nuestra oficina de colocaciones. Empleábamos a mucha gente sin trabajo y ello nos producía un margen de ganancia. ¡Y mira de pronto en qué nos hemos convertido, Rocky!

—¿En qué?

—¡Somos dos vagabundos en un tren de mercancías!

Rocky sentóse en un cajón.

—Eso no es demasiado malo. Lo peor es que estamos sin probar bocado desde hace muchas horas.

—¡No me hables de hambre, muchacho! —se quejó el viejo, palmeándose el estómago.

—Todo se arreglará, abuelo. Todo.

—Sí, cuando nos encuentren esos tipos y nos sacudan de veras.

—Queda mucho por ver. Cierra bien la puerta para que no puedan colarse aquí.

El viejo obedeció.

—Ya está. Piensa, muchacho. Piensa por los dos.

Rocky estaba pensando desde hacía rato.

Por ello, sus respuestas a su socio eran evasivas.

Ahora se pellizcaba el lóbulo de la oreja, lo cual indicaba que estaba embebido en el problema a fondo.

De repente, chascó los dedos.

—Ya lo tengo.

—¿Sí, Rocky?

—Por mis cálculos, opino que ya estamos entrando en Los Valle.

—¡Ajá! Los Valles... ¿Qué pasa en Los Valles?

—Se trata de una explanada que tiene una pendiente. Puedes ver lo si te asomas.

—Lo veo... O mejor dicho, lo siento. Estamos ascendiendo una cuesta.

Rocky movióse animado.

—Ahora la velocidad disminuirá lo suficiente para que podamos tirarnos sin ningún riesgo. Caeremos sobre blanda hierba, y, ¿sabes adonde iremos?

—Quisiera tener dotes proféticas, hijo.

—Vamos a ir a pie hasta Lorena City.

—¿Lorena City? No, demonios. La última vez que estuvimos allí tuve que dar a reparar mi venerable esqueleto. ¡Nos vimos enzarzados en muchos jaleos!

—Entonces a Pico West.

—¡Ja, ja! —hizo tristemente el anciano—. ¿No recuerdas al sheriff de allí? Juró adornar la oficina con nuestras cabezas disecadas.

Rocky compuso una mueca de contrariedad.

—El mundo se nos está quedando chico.

—Ya puedes decirlo. Teníamos la oficina en Austin, y, ¿qué pasó?

—Nosotros concertábamos la mano de obra con los que acudían voluntariamente a nosotros. Todos estábamos contentos. Pero llegó aquel tipo que reclutaba gente a la fuerza y nos quiso quitar de en medio.

—Eso pasó exactamente, muchacho. Y, para postre, nos persiguió hasta la misma estación. Gracias a que pudimos alcanzar este mercancías.

—Algún día volveré a Austin —dijo Rocky, las mandíbulas apretadas.

—Y el tipo nos esperará con su ejército de pistoleros. No, Rocky. Se acabaron las agencias de empleos. Tendremos que volver a la dura vida de los ranchos, minas de cobre o peor: trabajar en las salinas.

—Estás deprimido, Teo. Anda, asómate a la puerta y ve si ya estamos en buen sitio para iniciar la retirada.

Teo se largó a regañadientes hacia la puerta.

Mientras iba hacia ella gruñó, notando algo raro en el vagón.

Se cercioró de lo que era al abrir la puerta corredera.

—¡Rocky! —dijo con angustia.

El joven saltó hacia él al verle empalidecer.

—No me digas que es verdad lo que he notado.

—¡Es cierto, muchacho…! ¡Estamos reculando!

—¿Cómo puede ser…? —Rocky puso un pie en el estribo.

Observó al resto del convoy, que los dejaba en mitad de la vía.

El viejo también lo habla visto todo por encima de su hombro y dejó escapar un sonido lastimero.

—¡Dios mío! ¡Nos volvemos a Austin sin máquina! ¡Vamos cuesta abajo!

Rocky entornó los ojos haciéndose cargo del serio problema.

El vagón no reculaba solo. Otro, el penúltimo, iba enganchado con el que pisaba.

Por eso iban adquiriendo cada vez mayor velocidad. Habían sido soltados a media cuesta y ahora retrocedían hacia abajo cada vez más aprisa. La máquina y el resto del convoy se empequeñecían a lo lejos.

—¡Se ha roto el enganche —graznó el viejo—. ¡Eso ha ocurrido!

Rocky recorrió el estribo a lo largo del vagón que les precedía.

Regresó al poco rato.

—No es eso, abuelo. Está perfectamente. Lo que pasa es que alguien nos desenganchó.

—¡No!

—Sí, Teo. Esa es la condenada verdad.

El viejo asomó la cabeza, reconociendo el paisaje que poco antes habían pasado.

—¡Dios mío! —gritó aterrado—. ¡Vamos a descarrilar! ¡Vamos a matarnos!

—Nos mataríamos si perdiéramos los estribos y nos arrojáramos.

—¡Da la solución, muchacho!

Los dos vagones corrían cada vez más aprisa debido a que habían acumulado mucha velocidad de descenso.

Doblaron una curva de modo impresionante.

—A la siguiente descarrilaremos, Teo. Pero yo lo arreglo ahora mismo.

—¿Cómo? —chilló el viejo.

Rocky ya llegaba al fondo del vagón, donde se distinguía una manivela que accionaba el freno.

Comenzó a darles vueltas.

Se empezó a escuchar un rechino abajo.

Teo tenía los ojos cerrados y rezaba en silencio para que el freno respondiese.

Respondió a medias.

Rocky apretó con toda el alma.

Sin embargo, el freno accionaba solo las ruedas traseras.

Y como iban como rayos, las ruedas resbalaron, produciendo en el carril el sonido de una piedra de afilar.

—¡Se ovalarán las ruedas, Rocky! —gritó el vejete a través del estridente chirrido del metal.

Rocky tragó saliva.

La curva peligrosa ya estaba a la vista.

Aflojó un poco el freno y comenzaron a dar saltos. Por ello apretó de nuevo y el chirrido se volvió a escuchar.

Sin embargo, la velocidad habíase mantenido lo suficiente para poder evitar el desastre.

Rocky carraspeó.

—Tendremos que abandonar ahora el barco.

—¡Ya tardamos! —Teo se largó hacia la puerta.

Al intentar descorrerla para abrir paso, soltó una quejumbrosa exclamación:

—¡Se atascó, muchacho!

Rocky maldijo ahora entre dientes.

Agarró la hoja de la puerta y, tras esfuerzos titánicos, se dio cuenta de que tardaría demasiado en ceder. Se había atascado inexplicablemente.

Y llegó la curva…

Todavía esta Rocky tratando de abrir.

Teo pegó un salto a punto de dar con el cráneo en el techo.

—¡Adiós a la vida! ¡Descarrilamos…!

Rocky estaba comprobando si tenía el esqueleto completo.

Se hablan salido por la tangente de la curva.

Ahora viajaban fuera de los raíles.

Por fortuna, no habían volcado.

Rocky dio gracias al cielo porque aún se podían salvar.

Corrió hacia el freno y lo apretó hasta el máximo.

Los dos vagones atraparon un par de árboles.

Los arrancaron de cuajo.

Rocky era el más impresionado, porque había desaparecido parte del vagón y pudo ver los obstáculos que se les acercaban. Mientras, el viejo tenía los ojos cerrados con fuerza.

Entraron en una cabaña, y salieron limpiamente por el otro lado.

Rebasaron un pequen montículo, aplastaron unos cuantos arbustos y, cuando se hallaban a punto de estrellarse contra un paredón de rocas, ocurrió el milagro.

Los dos vagones entraron en una laguna fangosa y escupieron el agua por las orillas.

Pero se detuvieron en el acto.

Teo aullaba.

Iba por el aire.

Pero le dio resultado un amuleto indio que portaba al cuello, porque fue a caer sobre unas altas matas de hierba que aminoraron el golpe y quedó allí hundido hasta la cabeza, pero con los huesos intactos.

Estaba comprobando si tenía el esqueleto completo cuando escuchó la voz de Rocky.

—¡Abuelo…! ¿Estás vivo?

—Creo que sí…

Rocky llegó saltando por entre las matas de hierbas.

Sonrió ampliamente.

—Yo caí sobre una duna de tierra blanda, Teo.

El viejo apuntó a su joven amigo, quien ahora fumaba un estupendo cigarro habano.

—¡Por todos los diablos, Rocky! ¿Fumando un puro, muchacho?

El joven se pasó el veguero por debajo de la nariz y suspiró.

—El otro vagón está atestado de estos sabrosos habanos, viejo.

CAPITULO III

Rocky y Teo se aproximaron al lugar donde reposaban los dos vagones errantes.

El joven se hizo cargo del recorrido que habían hecho y emitió un largo silbido.

—Por poco llegamos a la frontera, Teo...

El mismo carcajeó, un poco agudamente debido al nerviosismo.

—Canastos, ¿ves acaso la vía?

—Se quedó muy lejos, Teo.

—Me gustarla verles la cara a los empleados del ferrocarril cuando se den cuenta de que llevan dos vagones de menos.

—Tal vez tarden en advertirlo, Teo.

El vejete se frotó las manos husmeando por las tablas astilladas de los vagones.

Alargó la zarpa y atrapó un puro de un cajón roto.

Le pegó fuego y comenzó a soltar humo como una chimenea.

—Es lo más chocante que nos ha ocurrido en la vida, ¿eh, Rocky?

—Y que me cuelguen si no va a producirnos beneficios.

—¿Eh?

—Vamos a sacar algo de todo esto.

—¿Quieres decir que vamos a venderlos, muchacho?

Rocky sacudió la cabeza.

—Lo que quiero decir es que las autoridades ferroviarias se despeinarán buscando el cargamento. Liemos caldo en un lugar muy escondido. ¿Comprendes? No podrán encontrar la carga en seguida. Y ello nos dará tiempo para denunciar su situación y pedir un premio por el hallazgo.

El viejo torció las facciones.

—Y seguro que nos hacen culpables del desaguisado. No, muchacho. Lo que vamos a hacer es largarnos inmediatamente de aquí... Ujú, pero nos llevaremos unos cuantos puros para hacer más agradable el viaje.

—Nones, Teo.

—Infiernos, no quieras complicar las cosas. Los tipos darán una batida para encontrar la carga perdida. No tardarán en encontrarla.

—Eso crees tú. Pero mira la situación de los vagones.

—Ya estoy mirando, ¿qué pasa?

—Hemos salido de la vía mucho más allá de la curva, luego hemos recorrido una respetable distancia en línea recta hasta llegar a las estribaciones del bosque. Después lo hemos atravesado.

—Maldita sea, no estoy ciego.

—Quiero decirte que hemos corrido mucho, Teo. Nunca se les ocurrirá buscar de buenas a primeras por este lado. Para postre, rebasamos una pequeña colina y, tras algún camino, nos hemos caído en esta charca. ¿Te das cuenta? Incluso las huellas han quedado confusas debido a la vegetación de esta zona.

El viejo se rascó la flácida mejilla.

—Bien visto, tendríamos suficiente para traer un carromato y cargar con esta sabrosa mercancía.

—Lo que no haremos, porque no somos vulgares cacos, Teo.

—De modo que piensas ir de cabeza a las autoridades del pueblo más próximo y ponerles al corriente del hecho, ¿eh?

—Ajá.

—Rocky —rezongó el viejo—. Ya sabes que entre los sheriffs y nosotros existe un antagonismo que debe ser cosa telepática. Ahuequemos el ala y en paz. Todo esto no me está gustando un pelo, hijo.

—Teo...

—¡Empieza a mover las piernas, muchacho!

—De acuerdo. Me voy.

—¿Eh?

—Tú quédate por aquí cuidando de que nadie limpie el cargamento.

—¡Que te crees tú eso, Rocky! ¡No pienso quedarme solo! ¡No me quedaré! ¡No, Rocky!

* * *

Rocky Miller entró en la calle Mayor de Cornelia City, horas más tarde de haberse separado de su socio Teo.

Buscó con la mirada el letrero que le indicara la oficina del sheriff de aquella localidad y lo encontró al lado de la funeraria.

Vio la puerta entreabierta y escuchó voces destempladas en el interior.

Los ocupantes estaban rodeando a un sujeto de unos cincuenta

años, pelo cano y arrugas prematuras, que ostentaba una estrella de sheriff.

Uno de los sujetos más agresivos golpeó con un dedo el pecho de la autoridad de Cornelia City y gritó:

—¡Usted debió reclutar la gente necesaria para encontrar ese cargamento, sheriff! ¡Tiene que estar en algún lado! ¿Lo oye? ¡No pueden desaparecer dos vagones como si se tratara de dos gemelos para camisa!

—¡Basta...! —aulló el sheriff fuera de sí, los ojos cerrados y el mentón desencajado.

Hubo un silencio en la oficina.

El hombrón que se había dirigido al sheriff se pasó la mano por la cara y mostró un gesto de sarcasmo.

—Señores —dijo—. Oigan al gran sheriff de Cornelia City.

El representante de la ley soltó un salivazo sesgado en la escupidera, pero falló por varias pulgadas.

—No soy el responsable de que el jefe de esa expedición pierda las mercancías en plena vía. ¿Lo entienden? Además, mandé a un par de hombres a recorrer aquellos lugares y vinieron con las manos limpias.

—¿Dos hombres, eh?

—No voy a movilizar a toda la ciudad para buscar un par de vagones, señor Benson.

El llamado Benson sacudió su poderosa humanidad presa de la furia.

—¿Sabe lo que contiene uno de esos vagones, sheriff?

—Puros habanos —hizo una mueca la autoridad—. Me lo han dicho cien veces ya.

—¡Cigarros habanos valorados en diez mil dólares, sheriff!

—Ya hemos publicado la recompensa de cien dólares para el que halle la carga. ¿Qué más podemos hacer, señor Benson? Si quiere saber mi opinión entérese de que la carga debe de estar lejos. Encontraremos los vagones, pero vacíos. Está claro como el agua de que se trata de un robo.

—El jefe de expedición informó acerca de dos pájaros que viajaban gratis —entrecerró Benson los ojos—. No es extraño que ellos planearon el desenganche de los vagones en lugar determinado.

—Lo más raro —dijo el sheriff—es que las autoridades ferroviarias enviaron un equipo desde Long Temple para batir el recorrido de la vía.

—Y sólo encontraron polvo. Ni tan siquiera huellas de la pareja de vagones, sheriff.

—¿Qué puedo hacer yo, señor Benson? No tengo un equipo de adivinos para .averiguar el paradero de los vagones.

—Yo sé dónde están —dijo Rocky Miller entrando en la oficina.

—¿Usted? —dijo un coro de voces.

Rocky sonrió a los circunstantes.

—Y vengo a recoger la recompensa.

—¿Dónde están los vagones? —exclamó el sheriff.

—Se encuentran a unas diez millas de aquí, señores.

El sheriff se abrió paso entre los reunidos.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Miller. Rocky Miller.

—¿Cómo encontró los vagones?

Rocky emitió una tosecilla.

—Iba yo por un bosquecillo cercano a Los Valles cuando vi llegar a los dos vagones.

El sheriff sacudió la cabeza mascullando algo entre dientes.

—Los vio llegar, ¿eh, Miller?

—Me pegaron un buen susto, sheriff.

—¿Qué hacia usted en el bosque de marras, Miller? —preguntó el sheriff, cada vez más lleno de desconfianza.

—Soy ornitólogo, sheriff —carraspeó Rocky.

—¿Orni... qué?

—Or...ni...tó...lo...go.

—Ya. Algo así como veterinario.

—No, sheriff.

La autoridad pidió auxilio con la mirada a los ocupantes de la oficina, pero nadie rechistó.

—¿Dentista?

—¡Calle, hombre! —sonrió Rocky—. Ornitólogo es el entendido que se ocupa en coleccionar y clasificar los pájaros.

—Pájaros —dijo el sheriff amargamente—. Maldita sea, no me está gustando nada.

—Yo estaba en el bosque de Los Valles, detrás del jilguero

pintado, una rara especie, cuando sucedió todo.

—Aparecieron los dos vagones, ¿eh?

—Exacto, sheriff. Y ahora, si les parece bien, pueden darme la plata. Encontrarán los vehículos atascados en una laguna que se halla a unas dos millas de la curva segunda de la cuesta hacia Abilene.

El sheriff miró desorientado a los que le rodeaban.

—¿Qué hacemos, señor Benson? Le juro que esta historia me está apestando. Pero no tenemos más remedio que comprobarla.

—No me gusta mentir, sheriff —dijo Rocky, con la mirada dura.

Benson, el hombrón de la levita, dio un puñetazo en la mesa y rugió:

—¡Como encargado de la investigación propongo que ordene la marcha de un equipo de hombres hacia el lugar citado por el señor Miller! ¡Inmediatamente, sheriff...!

El representante de la ley empezó a dar órdenes.

En eso, Rocky Miller se frotó las manos y se le acercó.

—¿Qué hay de la pasta, sheriff?

—Cobrará cuando hayamos recuperado la carga.

—¡Eh, sheriff! Eso no está bien.

—¿No?

—Escuche, sheriff. No tengo un centavo. Estoy anclado en este poblado y tendré que esperar a que regresen. ¿Es eso decente?

El sheriff masculló una imprecación y entre las órdenes a gritos, se volvió hacia Miller y le soltó unos billetes.

—Aquí tiene cincuenta dólares para que se alivie, Miller. Cobrará la otra mitad cuando recuperemos la carga. ¡Ahora desparezca de mi vista, por todos los infiernos!

—Me encontrarán en ese abrevadero de enfrente que se llama Bar y Departamentos de Joe.

El sheriff pegó un gruñido y echó a correr emitiendo órdenes a los cuatro vientos.

Rocky se quedó solo en la acera.

El sheriff volvióse y apuntó con un dedo amenazador a Rocky.

—¡Y no intente largarse con esos cincuenta dólares! ¡Como todo sea un cuento, se arrepentirá del día que nació!

—¡Yo lo vigilaré, tío! —exclamó una voz femenina por encima de la cabeza de Rocky.

El joven alzó el rostro.

—Canastos, preciosa, ¿quién es usted?

Una bella morena, algo mestiza, se ahuecó el cabello apoyada con exageración en el alféizar de la ventana.

—Soy la ahijada del sheriff, señor Miller —sonrió ella como los propios ángeles—. El es mi tío. ¿Va a quedarse todo el tiempo ahí en la acera, señor Miller? ¡Estoy tan sola...!

Rocky sonrió.

—Bueno, muñeca. Si insiste tanto, nos entretendremos un poco mientras regresan.

—Ya tarda en subir, tonto —rió ella.

Y tras desprenderse una horquilla del pelo, introdujo busto y cabeza y cerró la ventana.

Rocky no perdió un segundo en llegar arriba.

CAPITULO IV

El viejo Teo Full paseaba nervioso por delante de los dos vagones siniestrados.

Había cazado un conejo y lo había asado a la brasa.

Pero aunque tenía más calmado el apetito, notaba el estómago revuelto.

Lo que ocurría era debido a la larga espera.

La impaciencia y la tensión de que pudiera ocurrir algo desagradable le producía la indigestión.

De pronto se echó a reír.

Exclamó en voz alta:

—¿Por qué me preocupo, infiernos? Ahora mismo, Rocky llega a hombros de las autoridades, cargado de dólares por haber denunciado el lugar de los vagones... ¡Soy un tarugo, demonios! No debiera estar tan inquieto.

—Yo, de usted, estaría mojado hasta los calcetines, abuelo.

—¿Por qué? —contestó Teo instintivamente a la voz ronca que acababa de hablarle.

Y al darse cuenta de que había alguien más con él, dio un salto y respingó:

—¿Quiénes son ustedes?

Tres individuos de aspecto desastrado aparecieron entre las ramas de los arbustos.

El más huesudo sonrió siniestramente al viejo y le dijo:

—Yo soy Bab; éste, Chock, y el de más allá el pequeño Timmy.

—¡Canastos, mucho gusto, amigos! —sonrió Teo forzadamente.

Bab abrióse paso hasta el claro del bosque que pisaba el viejo.

Lanzó una ojeada a los dos vagones medio ocultos y gruñó, medio sonriente.

—¿Qué os parece, chicos? ¡Varias horas buscando los dos vagones del tren! ¿No es cosa de risa?

Los dos acompañantes de Bab gruñeron sin decir nada.

Teo rió, para crear ambiente, con una risa chillona a causa de la alarma que sentía.

—¡Canastos, es muy gracioso!

Se interrumpió al recibir una mirada opaca de Bab.

—Le da risa, ¿eh?
—Pues… Hombre, tiene su gracia,
Bab se le acercó, con la cara torcida.
—Poca risa le va a dar cuando le casquemos el cráneo, abuelete.
—¿A mí? —galleó Teo.
—Niegue que ustedes querían quitarnos la faena de las manos. Usted y ese tipo al que se refería en el monólogo.
—Pe… pero, señor. Nadie quería arrebatarles nada.
Bab emitió una risita a golpes que no gustó ni pizca a Teo, por lo inquietante.
—¿Cómo se llama usted, abuelo?
—Teo Full.
—¿Familia?
—Un sobrino en Tijuana, pero no nos vemos hace quince años. Bab chasqueó la lengua.
—Lástima…
—¿Por qué, amigo?
—Porque vamos a darle el billete de ida… sin vuelta.
Teo rió forzadamente.
—¡Billete…! ¡Si yo viajo a caballo!
—¿Sí, eh?
—Sólo tomé el tren porque me pillaba al paso.
—Y porque usted y ese socio que nombró querían apoderarse del cargamento. Por eso sacaron los vagones fuera de la vía antes de tiempo.
—¿Nosotros? —pestañeó Teo—. ¡Ni hablar!
Bab suspiró.
—Bien, Teo Full. Nos ha dado mucho trabajo encontrar los dos vagones. Y fue por culpa de ustedes que los perdimos de vista. Ahora que ya los hemos localizado, nos pondremos a descargarlos antes de que lleguen las autoridades y nos sorprendan. Maldito sea. Si tardamos un poco más, se llena esto de sheriffs y jefes de estación y nos quedamos limpios.
—Ya estaba yo aquí para cuidar —sonrió Teo—. Bueno, señores. Hasta la vista. Adiós, ¿eh?
—¡Quieto! —rugió Bab, y Extrajo el Colt.
Teo clavó los pies en el suelo y quedó envarado.
—¿Decía algo, señor? —volvióse con la cabeza encogida.

Bab tenía las facciones tirantes.

—Le daremos una sorpresa a su amigo, abuelo.

—A Rocky le gustan mucho los regalos, señor.

—Vamos a dejarle a usted en el interior de una caja de puros.

—No cabré. ¡Ujú! No.

—Cuando acabemos con usted le sobrará espacio.

Teo tragó saliva y abrió mucho los ojos.

Los tres tipos levantaban las armas hacia él.

Se lo iban a cargar.

Ya podía despedirse del mundo.

Cerró los ojos.

De pronto sonó la descarga.

Teo se desplomó como un fardo.

La eternidad se fue desgranando poco a poco.

La muerte.

De repente, Teo notó que alguien le daba puntapiés en las costillas.

—Eh, abuelo. ¿Se ha dormido?

Teo soltó un alarido de alegría y pestañeó.

Y se interrumpió al ver a los tres pistoleros tendidos en el suelo en distintas posiciones.

—¡Mi madre…! ¡Se suicidaron!

—No, abuelo —dijo el hombre que estaba detrás de él—. Nos los cargamos nosotros.

Teo volvióse y el aliento se le congeló en la garganta.

Si feos e inquietantes eran Bab, Chock y Timmy, los tipos que había detrás de él no lo eran menos.

El que le hablaba era un sujeto de barba crecida muy negra, ojos como ascuas de fuego y dientes muy blancos, porque resaltaban en lo tostado del pellejo y la mugre que lo cubría.

Tres tipos más se hallaban detrás del sonriente barbudo.

—¿Está bien, abuelete?

—¡De maravilla, muchacho! ¿Quién es usted, simpaticón?

—Me llamo Ed Kantor.

—¡Ed! ¡Como mi abuelo!

Ed Kantor entrecerró un ojo y apuntó con el Colt a la coronilla de Teo.

—Pero su suerte no ha cambiado nada, abuelete.

—¿No?

—Usted va a morir como ellos.

—Son cosas de la vida, abuelete —chascó la lengua Kantor—. Estos tipos llegaron aquí para apoderarse del botín. Pero nosotros teníamos el mismo proyecto y hemos demostrado ser más machos que ellos.

—Por eso me dejarán libre, ¿eh, barbas, quiero decir señor Kantor?

—Es usted un simpático vejete. Pero habla demasiado. Por eso no tenemos más remedio que darle jarabe para aclararle la voz.

—¡Si yo tengo la voz muy clara, hijo mío! ¡Mire!

Teo se puso a cantar Abre la jaula, Dolores.

Kantor masculló una imprecación y pegó con la culata en la cabeza del viejo.

Teo se desplomó sin emitir un gemido.

Ed Kantor sacudió el Colt en dirección a los vagones.

—Mac…, Kennie…, Bert. ¡Rápido, traed el carromato aquí!

Los tres aludidos se movieron con efectividad.

Ed Kantor dio vuelta al cilindro del Colt para apiolar al viejo y alargó el brazo armado con el revólver.

Pero soltó una exclamación de sorpresa al ver que el viejo había desaparecido.

—¡Condenado me vea! —rugió—. ¡Busquen al vejestorio…!

Los tres hombres a las órdenes de Kantor paralizaron un momento el trabajo.

El más joven, Kennie, un chico de ojos azules, barbilla hendida y cara inocente, a no ser porque le afeaba una cicatriz sesgada, apuntó con un dedo hacia el este.

—Sería mejor no perder más tiempo, Ed. Bert ha visto gente que se acercaba en esta dirección. No tardarán en llegar.

Ed Kantor soltó un salivazo rabioso.

—Está bien. Cargad la mercancía. —Sus ojos brillaron con fuerza —. Pero juro que si alguna vez me echo a la cara a ese condenado abuelo, le tengo que meter una bala por el agujero de la nariz.

Teo no había escuchado nada.

Estaba a una milla de distancia, dándole a las piernas como nunca.

Y no paró de correr hasta que llegó a Cornelia City.

CAPITULO V

Rocky Miller despertó al escuchar unos golpes frenéticos en la puerta.

Como no vio a la ahijada del sheriff, dedujo que era ella misma que no podía entrar.

—Calma, preciosa. Ya voy.

—¿Cómo preciosa...? ¡Soy yo! ¡Teo Full!

Rocky, emitiendo una interjección, empezó a vestirse rápidamente.

—¡No tardo, abuelo!

Quince segundos después, abrió la puerta.

El viejo Teo se precipitó en el interior de la habitación y el impulso lo llevó hasta el centro.

—¿Dónde estás, muchacho? —volvió la cabeza alocadamente a todos lados.

—Detrás de ti.

El viejo respingó, dando un salto.

—¡Tenemos que marcharnos inmediatamente de aquí, Rocky!

Este sonrió.

—Comprendo, las autoridades recuperaron su vagón de puros y ahora vamos a cobrar el resto.

—¿Qué resto? ¡He venido yo solito, muchacho!

—¿Cómo...?

—Ni vi autoridades, ni vi recompensa, Rocky. ¡Sólo vi forajidos!

—Vaya, ya empiezas con las alucinaciones.

—¿Alucinaciones...? ¡Infiernos! Tipos y tipos se empeñaron en despeinarme al pie de los vagones. ¡Tuve que salir por piernas y te juro que no entiendo cómo estoy aquí, hablando contigo, todavía vivo.

A continuación, Teo explicó lo acaecido en el bosque mientras aguardaba junto a los vagones.

Cuando terminó, el rostro de Rocky era una máscara meditativa.

—De modo que hay fulanos mezclados en esto, ¿eh?

—¡Tenías que haberles visto las caras, Rocky! ¡Te juro que los recordaré más de una vez!

—Más recordaré yo al sheriff de Cornelia City cuando aparezca

con las manos vacías.

—Seguro que cuando llegaron las autoridades habrán encontrado sólo los vagones vueltos al revés.

Como si sus palabras fueran una invocación, Rocky y Teo escucharon voces en la calle.

—¡Rodeen la casa, muchachos! ¡El farsante que nos tomó el pelo todavía debe de estar ahí dentro! ¡El aclarará muchas cosas acerca del cargamento desaparecido!

Teo abrió los ojos de par en par.

—¿Escuchas lo mismo que yo, hijo?

—Por desgracia.

—¡Tenemos que volar sin perder tiempo! ¡Rodearán la casa, nos apresarán, nos meterán en el potro de los tormentos, muchacho!

Rocky se desplazó hacia un cuarto interior.

Le dio la ligera sensación de que estaban atrapados.

En eso la puerta se abrió dando paso a la bella ahijada.

—¡Rocky! —exclamó y enlazó los brazos al cuello del joven—. ¡Tienes que huir!

Teo pestañeó sin comprender.

—¿Quién es esta socia?

—Se llama Elena y es ahijada del sheriff.

Teo saltó atrás instintivamente.

—¡Ella nos venderá, muchacho!

—¿Qué chamulla este viejo loco? —dijo la chica sin dejar de acariciar a Rocky.

—Le duele el estómago, Elena —sonrió Rocky y correspondió a las caricias de ella con un pase por el lomo.

—Yo os sacaré de aquí. Escaparéis por la puerta secreta que tengo en el lado opuesto de la casa, junto a la cocina.

Los dos jóvenes y el anciano corrieron en dirección a la libertad.

Elena abrió una estrecha puerta junto a un armario ropero.

—Tengo esta entrada de emergencia para recibir a mi novio Máximo. No quiero pensar lo que pasaría si se enterase de que otros dos hombres conocen la salida. ¡Es tan celoso!

—Guardaremos bien el secreto, Elena —sonrió Rocky Miller.

—Bésame, Rocky —pidió ella.

El joven apretó con fuerza sus labios contra los de la ahijada del sheriff y se interrumpió cuando el tirón de Teo fue más enérgico.

—¡Van a agarrarnos, muchacho!

Rocky separóse de la chica, que empezó a enviar besos al aire.

Por la salida llegaron a un pasillo, luego a una escalera y después descendieron hasta un callejón.

Precisamente se trataba de un establo atestado de caballos.

Rocky y Teo saltaron a la par sobre las monturas, y le dieron a las espuelas.

Partieron de Cornelia City como dos exhalaciones.

Media hora después hicieron un alto para orientarse.

Teo apuntó a la lejanía.

—Por allá iremos a Madoxville. Tardaremos lo nuestro, pero no hay otro lugar en el mundo más apropiado para escondernos.

Rocky suspiró.

—Sí. Madoxville es un buen lugar.

* * *

El rubio Dick Score se aproximó a la casa grande del rancho de recreo del jefe.

El jefe habla escogido Madoxville como su sede.

Dick Score empujó la puerta lateral de la edificación, donde se hallaba el jefe descansando después de su baño matinal.

Sí. Allí estaba.

Dick se apoyó sin fuerzas en el pomo de la puerta.

Un hombre de unos cuarenta años, fuerte complexión, rostro duro y ojos negros, inteligentes, se hallaba tendido en una hamaca vuelto cara abajo.

Una hermosa mexicana le untaba las anchas espaldas con pomada antisolar.

Ella rió.

—Señor Tolling, se está usted pelando.

El llamado Tolling, el jefe, rió.

—Me gusta estar tostado, pequeña.

—Usted está bien de cualquier manera, señor Tolling.

—Anda, muñeca. Deja eso de señor Tolling y llámame como en la intimidad.

—Ah, no. Se acabaron las familiaridades, a menos que me compre el broche que me prometió.

Tolling rió reposadamente.
—Anda, Lola. Tendrás el broche y, de propina, la sortija en forma de serpiente que viste en la ciudad.
—¡Deje que le bese la paletilla, señor Tolling!
—Si te empeñas...
Dick carraspeó en la puerta, interrumpiendo la muestra de agradecimiento.
Tolling volvióse con la cara arrugada.
—¿Qué demonios...? —empezó a gruñir. Pero al ver al rubio abrió los ojos y exclamó—: ¡Dick! ¡Dick Score!
—Hola, jefe.
Tolling palmeó a la mexicana y la mandó hacia el gimnasio.
—Prepárame la colchoneta para después.
—Corriente, patrón —rió ella y desapareció por la puerta de la nave contigua.
Tolling envolvió, satisfecho, a Dick con una mirada.
—Acércate, muchacho.
—Aquí me tiene, jefe.
—¿Y los puros? ¿En el lugar establecido?
Dick atrapó la caja de ungüento y la olisqueó con desagrado.
—Los habanos han desaparecido, jefe.
Tolling abrió la boca, perplejo.
Pero de repente, la abrió más y soltó una risotada.
—¡Infiernos, es bueno el golpe! Se trata de una broma, ¿verdad?
—No hablé más en serio desde el día que murió mi padre.
—¿Eh?
—Los tipos que mandé por el cargamento fallaron como cartuchos mojados.
Tolling precipitó las bolas de los ojos fuera de las órbitas.
—¿Qué es lo que dices, Dick?
El rubio se humedeció los labios.
—El cargamento fue a parar a otro lado...
—El hombre encargado de desenganchar el vagón me informó por telégrafo que todo había salido bien.
Dick asintió.
—He investigado sobre el terreno lo ocurrido, jefe. Pero ocurrieron cosas extrañas.
—¡Maldición! No podíamos perder ese cargamento.

—El hombre del tren desenganchó a tiempo. Pero se metieron por medio un par de tipos.

—¿Un par de...?

—Dos fulanos que debían estar al acecho, jefe. Lo cierto es que Bab, Chock y Timmy se quedaron esperando los vagones. Deduzco que los tres muchachos se olieron que algo no iba bien y me llamaron por telégrafo. Les contesté que los vagones habían sido desenganchados. Y les ordené que buscaran por los alrededores por si acaso no habían ido a parar al lugar indicado.

—¡Explícate más aprisa, demonios!

Dick asintió.

—Todo se lo aclararé, jefe. Los chicos acudieron a un lugar del bosque que rodea la comarca denominada Los Valles.

—¿Y qué?

—Entonces fueron baleados de mala manera.

Tolling abrió la boca al máximo.

—¡Muertos!

—Sus cadáveres fue lo único que el sheriff de Cornelia City encontró al lado de los vagones vacíos.

Tolling varió la expresión del rostro en una mueca de cólera.

—¡Te dije que no podía fallar el golpe, infierno! ¡Teníamos todas las ventajas!

—Teníamos, jefe. Usted lo ha dicho. Pero todo se vino abajo.

—¿Quién ha sido el culpable, Dick? ¡Debes saberlo ya, condenación! Tú eres un lince.

El rubio se llevó una mano ante la boca y carraspeó:

—Se llaman Rocky Miller y Teo Full.

—¿Miller y Full? ¿Qué son ésos? ¿Forajidos?

—Dos pájaros muy conocidos que siempre se ven envueltos en dificultades con los sheriffs y demás. Pero, en realidad, su última ocupación en Austin fue algo así como agentes de colocaciones.

Tolling arrugó la nariz como si la sala se hubiera llenado repentinamente de aire fétido.

—¿Agentes de colocaciones...? ¡Que me aspen!

—Por lo visto, los tipos se llevaron los habanos y para sarcasmo y escarnio, pasaron a darle recado al sheriff de Cornelia City acerca de dónde estaban los vagones.

—Por supuesto, el sheriff estará loco tras de ellos.

—Sin embargo, yo sé dónde andan esos pájaros.

—¿Tú, Dick?

—Están aquí.

Tolling volvió la cabeza hacia la puerta.

Pero no vio a nadie.

—¿Dónde, Dick? ¿Dónde están?

Dick chascó la lengua.

—Quiero decir que se hallan en Madoxville.

—¡Infiernos!

—Escogieron esta ciudad huyendo del sheriff de Cornelia City.

Tolling maduró la contestación un momento y de repente abrió las fauces y estalló en una risotada.

—¡Demonios! ¡Es como si nos hubieran traído el cargamento a la puerta de casa!

El gesto huraño de Dick se aminoró.

—Por eso no estoy descontento del todo por el giro que tomaron las cosas. Los tipos se cargan a los tres chicos. Luego se vienen hacia Madoxville a tratar de vender la mercancía, que por supuesto deben haber escondido en un lugar cercano. ¿No es muy bueno todo esto,jefe?

Tolling rió.

—Y es bueno de sobra, porque esos dos tipos nos han evitado el desagradable trance de desembarazamos de Bab, Chock y Timmy. ¡Ha salido redondo!

Dick cabeceó:

—Sí, jefe. Ahora sólo queda atrapar a los dos tipejos vividores y hacerles escupir los puros.

Y Dick y el jefe rieron a más y mejor.

CAPITULO VI

—¿Te das cuenta, Rocky? Según lo que ocurrió junto a los vagones, ahora quedaremos como los ladrones de esas cajas de puros. Tanto el tipo que mandó al trío fallecido, como las autoridades, van a creer que somos nosotros los que tenemos los habanos.

—El mundo está lleno de malpensados, Teo —dijo Rocky.

—Por lo menos, aquí nos darán una tregua, condenado me vea. Podemos perdernos en esta ciudad hasta que todo se aclare.

—¿Quieres cambiar de tema, viejo? Todo el camino me has estado hablando del condenado asunto

—Bueno. Tengo hambre.

Rocky sonrió, apuntando a un letrero en la calle Mayor de Madoxville.

—¿Qué lees ahí, Teo?

El anciano entornó los ojillos y movió los labios al compás que leía:

«¡Forasteros! ¡Bienvenidos a la Final del Concurso Culinario!»

—¡Infiernos, Rocky, eso significa comida a montones!

—¿Ves cómo cambia la suerte en pocas horas?

—¡Un concurso de cocina! ¿No es fantástico, muchacho?

Rocky avivó el ritmo de las piernas, seguido de Teo, que le pisaba los talones.

—Tal vez consigamos entrar en uno de los equipos de degustación preliminar. Todavía me quedan diez dólares para comprar un ticket.

—¡Diez cochinos dólares, Rocky! ¡Tenía entendido que sacaste cincuenta al sheriff de Cornelia City!

Rocky tosió.

—Su ahijada fue a cambiar unos billetes y se quedó con el cambio.

Ted gimió amargamente:

—¡Dios mío! ¡Me había figurado que la socia se cobró la fuga que nos preparó! ¡Se quedó con cuarenta dólares!

Rocky suspiró evocador.

—Elena es una chica muy ahorrativa, abuelo.

—Diez puercos machacantes.

Llegaron a una explanada donde se concentraban jueces, organizadores y público en general qué habían acudido a presenciar el concurso culinario.

Rocky se encaminó directamente a la sección «Jurados» y se coló sin titubear.

Un sujeto que portaba unas listas se volvió rápidamente.

—¡Eh, ustedes! ¿Adónde van?

Rocky soltó una carcajada.

—Estamos muertos de hambre, intendente. Por eso hemos viajado cientos de millas.

El empleado juntó las cejas y luego sonrió dubitativo.

—Junta especial de Boston, ¿eh?

Rocky guiñó un ojo y movió un dedo amonestador.

—Falló, intendente. ¿No se nos nota por el acento que somos de Dallas? ¿O es que nos quiso embromar, pillastrón?

El intendente entreabrió la boca y empezó a reír de mala gana.

—Hay tantas caras nuevas... Bueno...

Rocky ya se adentraba por el callejón formado de tablas.

Teo iba materialmente pegado a sus espaldas. Su frente se cubría de copiosa transpiración.

—Demonios, muchacho. ¡Si supieras la poca gracia que me hacen estos juegos de manos...!

—¿Decía algo, jurado Full...?

Teo lanzó un amargo gruñido y trotó detrás del joven.

Al salir del callejón vieron que el intendente había reaccionado e iniciaba una persecución.

Ya era tarde, porque Rocky y Teo se encontraban en la parte más atestada de público.

Rocky tampoco quiso camuflarse entre el gentío expectante que aguardaba escuchar los nombres de los participantes.

Se dirigió con presteza hacia una mesa larga donde se exhibían platos menudos que contenían una muestra de los manjares que se habían de presentar al concurso.

Si las autoridades del concurso daban su beneplácito al plato muestra, el nombre del concursante y su aportación quedaban inscritos en el acto y eran anunciados por un mentor que lo gritaba a través de una bocina de metal.

Media docena de personas festejaban la afluencia de concursantes y se recreaban en las muestras de platos.

El que los encabezaba era un sujeto cuarentón, fornido, moreno, que acababa de soltar una ingeniosidad, y los que estaban a su alrededor lo celebraban con exageradas carcajadas.

Un anciano con lentes de aro secóse las lágrimas y exclamó.

—¡Pero qué ocurrente es usted, señor Tolling!

Tolling tosió y desparramó la mirada por las hileras de platos.

—Como juez supervisor propongo que comencemos la degustación.

Rocky asió un tenedor y guiñó un ojo.

—Va por ustedes, señores.

Todos rieron.

Mas, de repente, Tolling cesó de reír bruscamente.

—¿Quién es usted?

—Junta especial de Dallas —replicó, Rocky.

Mientras los demás rodeaban los platos, Tolling se acercó, ceñudo, al joven desconocido.

—No le había visto por aquí, señor...

—Miller. Rocky Miller.

—¿Ha dicho Miller? —Tolling se pellizcó el entrecejo—. Caramba, me resulta familiar ese nombre.

—Suena mucho en los concursos culinarios, señor Tolling.

—Miller... —repitió Tolling, pensativo.

En ese momento, el mentor del altavoz de hojalata anunció:

—¡Marcus Freeman..., con... pavo silvestre en salsa de Burdeos! ¡Dorothy Masky, con... tamales híbridos al gusto! ¡Y Anne Orping con... tarta de frutas y chocolate, piso superior de guindas...!

Los aplausos atronaron la explanada para acoger a los nuevos concursantes.

Ellos fueron pasando en fila india por delante de la mesa presidida por Tolling.

Tolling se olvidó totalmente de Miller.

Sólo tenía ojos para una concursante morena que se aproximaba con un plato miniatura, que era un avance del que presentaría al concurso.

Rocky también prestó absoluta atención a la muchacha.

La concursante de la tarta de frutas y chocolate, piso superior de

guindas, tendría unos veintidós años, era morena, de ojos grandes rasgados, y poseía un cuerpo esbelto maravillosamente formado.

Cuando ella llegó ante Tolling y Miller, sonrió con unos dientes muy blancos, marcando —para postre—hoyuelos en las mejillas.

—¿Qué les parece? —dijo, dejando el pequeño dulce sobre la mesa.

Tolling tenía los ojos redondos.

Rocky también se hallaba muy impresionado.

—Muy suculenta —dijo.

—Para hincarle el diente —espetó Tolling.

La chica rió.

—Pero si apenas se han fijado en mi tarta.

—La veo reflejada en sus ojos —dijo untuoso Tolling.

—Y yo la veo reflejada en todo lo demás —agregó Rocky.

La chica le miró con atención.

—Usted debe ser de la junta de la capital, ¿eh?

—Sí, señorita Orping. Y puedo asegurarle que en todos los concursos en que actué de jurado en esta vida, jamás vi cosas tan exquisitas como las que nos ha puesto delante de los ojos.

—¿Sí? —sonrió la chica con la cabeza ladeada.

Trolling emitió una bronca tos para hacerse notar.

—Escuche, Anne. Ya sabe lo severos que son estos jurados de Dallas... Eh, bueno. Ya les aconsejaré yo debidamente para que se fijen en su tarta de pera en dulce.

Anne rió.

—No es de pera, sino de melocotón y chocolate. ¿Resulta de su gusto, señor...?

—Miller, Rocky Miller.

Tolling alzó los ojos al escuchar un campanillazo dentro de su cabeza.

—Miller... Rocky Miller —repitió ceñudo.

—Señorita Orping —dijo Rocky—, le aseguro que tengo la boca hecha agua. No puedo decirle más por ahora.

Anne suspiró satisfecha.

—Gracias, señor Miller.

En esto se produjo un alboroto en la entrada al pasillo.

Los rostros se volvieron hacia allí.

Un viejo de extraña barba roja acababa de promover una trifulca

porque dos tipos encargados del orden querían arrojarle del recinto acotado.

—¡Tengo que presentar mi pulpo con berenjenas! ¡Tengo que presentarlo!

El abuelo pataleó levantado en vilo por los dos encargados.

Uno recibió en un ojo una de las berenjenas que adornaban el plato y aulló llevándose las manos a la parte afectada.

Cuando el alboroto atraía a otros encargados del orden, el viejo de la barba roja pegó un salto mientras exclamaba:

—¡Rocky...! ¡Teo...!

Rocky sufrió un acceso de tos.

El viejo Teo se atragantó con el último bocado del tercer plato que acababa de despachar.

Entonces los encargados soltaron un poco al viejo de la barba roja, quien trotó hacia la mesa cargado con su plato de «pulpo a la berenjena».

Tolling tenía una fea mueca en el rostro.

—Ese condenado viejo chiflado... ¿Lo conoce usted, señor Miller?

—Es un antiguo conocido. Vende condimentos.

Tolling torció más la mueca de la cara e hizo una señal al mentor para que el viejo de la barba roja fuera admitido.

—¡Jim Prestley... con... —el mentor hizo una mueca de repugnancia—: ¡Pulpo a la berenjena!

El viejo de la barba roja depositó el plato, se arrancó el sombrero y corrió hacia el mentor.

Le arrebató el altavoz y cacareó a través de él.

—¡...Y no se olvide, señora! ¡Si quiere ver a su esposo los dedos chupar «Condimentos Prestley» tiene que mascar!

Cuatro encargados del orden le arrebataron el cono de hojalata y lo bajaron de la garita del mentor.

—¡Infiernos, tengo que anunciar mis productos...! ¡Suelten!

Tolling tenía los ojos cerrados con fuerza.

—Prestley —dijo abriéndolos—. ¡No puede anunciar aquí! ¿Lo oye? Hablamos de eso hace medía hora...

—¡Eh, Rocky! —protestó el viejo—. ¿No puedes hacer algo por mí? ¡He de dar a conocer los «Condimentos Prestley»!

—Hablaré con el encargado de propaganda.

El viejo de la barba roja rió y atrapó la cabeza de Rocky.

—¡Gracias, hijo mío! —le propinó un beso en la frente—. Ya me explicaréis qué estáis haciendo en Madoxville, en vez de dirigir la tramoya de la oficina de colocaciones de Austin.

Tolling dio un respingo con los ojos muy abiertos.

—¡Miller! ¡Rocky Miller! Ahora caigo.

—¿Decía algo, señor Tolling? —inquirió Rocky.

Tolling sonrió amargamente.

Sus ojos echaban fuego.

—Oh, nada… Nada, Miller —dio un salto desde el entarimado para alcanzar a Anne—. ¡Permítame que la acompañe hasta el tílburi, pequeña!

La chica titubeó un instante, pero aceptó el brazo de Tolling para que la acompañase.

Rocky los vio alejarse.

Escuchó la voz del viejo Barbarroja.

—Eh, muchachos. Supongo que amontonaréis votos sobre mi plato de fantasía, ¿eh?

—Háblalo con Teo —replicó Rocky, todavía fijos los ojos en Anne, que se alejaba ahora por la puerta de salida.

Tolling sonrió con todos los dientes a la muchacha cuando llegaron a la plaza de estacionamiento.

—Un momento, Anne. Permítame que traslade una orden y vuelvo de inmediato con usted.

La chica asintió con un cabeceo y se dejó ayudar por Tolling para subir al tílburi.

Tolling localizó con la mirada a su hombre de confianza y le hizo una señal para que se acercara.

—Dick —dijo entre dientes—. ¿Los has visto?

El rubio tenía las facciones tensas.

—No estoy ciego, jefe.

—Tienen la cara tan dura que además se hacen pasar por jurados del concurso.

Los ojos verdosos de Dick se contrajeron.

—No tardaré en darles un susto, patrón. Váyase usted tranquilo. Tolling dejó escapar un gruñido de satisfacción y subió al tílburi. Anne sonrió y tiró de las riendas.

—¿Dónde quiere que le deje, señor Tolling?

—En la cama…

—¿Cómo?

—¡Oh, perdón, Anne! —sonrió Tolling— Estaba con el pensamiento errante.

—Muy bien, señor Tolling. Avise cuando quiera bajar.

Tolling dejó pasar un rato en silencio, y varias bocacalles más abajo volvió en sí y dijo:

—Aquí mismo, Anne. Tengo que entrevistarme con el sheriff Marcomby.

Anne tiró de las riendas y pisó el freno.

—¿Cree que ganaré el premio?

Tolling se apeó, y desde abajo palmeó la mano de la muchacha.

—Depende mucho de usted.

—¿De mi, señor Tolling? Creí que mi tarta lo tenía que hacer todo.

—Bueno... Ya sabe que sólo soy juez supervisor. Apenas tengo influencia sobre los jurados. Pero trataré de influir...

—No quiero injusticias, señor Tolling.

—Oh, no, Anne. Sólo haré que se fijen debidamente en su tarta... Eh, supongo que me dará algo a cambio.

Anne arrugó la naricilla al sonreír.

—Claro, señor Tolling.

El corazón del hombrón palpitó con fuerza.

Ella miró a ambos lados con ciertas reservas.

Los ojos de Tolling bailotearon en sus órbitas cuando vieron que Anne se aproximaba mucho y lo envolvía con su cálido perfume.

En eso, Tolling notó que la muchacha le ponía unos billetes en la mano.

—¿Eh? —exclamó Tolling.

—El resto se lo daré si gano el premio, señor Tolling. Tenga por seguro que cobrará los quinientos dólares que le debo por la harina que me vendió.

Tolling tuvo que apartarse porque en aquel momento la bella de Madoxville saludó aprisa y puso en marcha el vehículo.

Tolling se quedó perplejo viéndola marchar.

Luego ensanchó la sonrisa, pensando que, aunque la chica era lista, tarde o temprano caería en la red.

CAPITULO VII

Rocky, Teo y Jim entraron en el Saloon Madoxville, que se hallaba atestado de forasteros.

Rocky llegó con Jim al mostrador, tras esfuerzos titánicos a causa del público apiñado, y Teo se quedó rezagado un instante y regresó contando unos billetes.

—Canastos, Rocky. Esto de ser jurado tiene sus ventajas.

—Soborno, ¿eh? —frunció el entrecejo Rocky.

El vejete fue a embolsarse el dinero, pero Rocky se lo arrebató con limpieza.

—¡Eh, muchacho...!

—No me gustan estas cosas, Teo.

—¡Pero si es una lección de honradez que he querido dar a ese tipo del concurso! El pájaro quiere ganar los cinco mil dólares con un plato llamado «Tamales con ojos de tijuanesa», que es una porquería.

—Para eso votad por mi «Pulpo a la ber...»

—Somos jurados de pega, Jim.

El vejete de la barba roja abrió los ojillos de par en par.

—Demonios, ¿quieres decir eso que estáis metidos en algún lío?

—No... exactamente.

Teo emitió un gemido y explicó:

—Venimos huyendo desde muy lejos, Jim. Y, para postre, estábamos sin plata. Menos mal que he recogido este pellizco.

Jim se mordisqueó los labios.

—Maldita sea... Y yo que pensé que votaríais en favor de mi plato. ¿Comprendéis? Si llego a ganar el concurso, me haré famoso con mis especias. Todos querrán saber cómo se compuso el exquisito plato y entonces tendré una propaganda excepcional para mis «Condimentos Prestley». Todas las amas de casa querrán mis condimentos. Los almacenes generales de todo el país me harán enormes pedidos. ¡Seré rico, muchachos!

—Lo lamentamos, Jim... —empezó a decir Teo.

—Más lo siento por vosotros, muchachos. Habría renunciado con gusto al premio en favor vuestro con tal de dar a conocer mis «Condimentos Prestley».

Rocky bebía un vaso de licor que acababan de servirle.

—Dices que los cinco mil serían para nosotros, ¿eh?

—Me conformaría con el segundo premio, que son dos mil quinientos. También tendría ocasión de dar a conocer mis productos.

Teo dio un brinco de alarma.

—¡Eh, muchacho! ¡No pensarás llevar más lejos esta farsa! ¿Eh?

—Cinco mil dólares son cinco mil dólares.

—Ya lo sé bien, infiernos —interrumpió Teo—. Pero si nos metemos otra vez en el concurso, pronostico que saldremos con algún chichón. Es posible que tengamos que vernos enredados en asuntos candentes y, ¿qué pasará?

—Dilo tú, que estás en plan de echadora de cartas, Teo.

—¡Te lo diré, Rocky! ¡Tendremos que salir disparados de Madoxville y entonces ya no habrá lugar para nosotros en la tierra! Es la única ciudad donde falta que nos arrojen a patadas.

—Queda todavía Washington —carraspeó Rocky, pensativo.

Teo ahogó un lamento con un trago de licor.

En aquel justo instante, un sujeto grandullón, de rostro simpático, entró en el corro que formaban y abrazó a los dos ancianos.

—Moller, Full, Prestley... —sonrió—. Me envían para avisarles que acudan a la reunión de síndicos que se celebra en el piso de arriba. —Bajó la voz en un ronco susurro—: Será una reunión muy interesante, porque, además de los informes sobre el concurso y de gustación de dulces, habrá lindas chicas que atenderán a todos cumplidamente.

Rocky sonrió.

—Vaya, no podemos faltar a nuestra obligación como jurados.

—¡Ni yo me puedo perder el simpático acto! —exclamó Jim *Barbarroja,* frotándose las manos.

—Yo preferiría quedarme —rezongó Teo—. Esas fiestas privadas nunca me sientan bien.

—¡Será una estupenda fiesta, señores! —exclamó el simpaticón. Guiñó un ojo—. Ahora pónganse en fila india y sigan la flecha.

Rocky fue tras el grandullón, y formando hilera, Jim y a la cola Teo, a quien no le gustaba ni pizca todo aquel misterio del grandote.

Este los condujo al piso superior.

Atravesaron un largo pasillo y, por fin, llegaron a una habitación que tenía la puerta entornada.

Dentro sonaban risas broncas.

Primero entró el grandote simpático y se volvió para batir palmas en señal de bienvenida:

—¡Una ovación para los amigos!

Rocky, Jim y Teo se colaron y volvieron la cabeza hacia todas partes.

La fiesta contaba con una mesa destartalada, una botella de whisky y unos vasos, alrededor de la cual sentábanse tres tipos de muy mala catadura.

Rocky frunció el entrecejo.

—¿Dónde está la juerga, Goliath?

Goliath rió broncamente mirando a los tres tipos sentados.

—¿Qué os parece, chicos? ¡Quieren alegría!

Un tipo de los que estaba junto a la mesa se puso en pie y dejó caer la mano junto a la culata del Colt, muy bajo.

—¿Dónde están los puros? —preguntó.

—¿Ha dicho puros? —alzó Rocky las cejas—. Aquí tengo uno.

Extrajo un cigarro de los pertenecientes al cargamento.

Los compañeros del grandullón se miraron.

Rocky tosió levemente.

—Ahora que ya saqué un cigarro pueden enviar por los síndicos y las chicas.

—Nosotros nos bastamos para la fiesta —dijo el ceñudo del revólver bajo—. ¿Sabe, Miller?

—¿Qué pasa acá, amigos? No veo ambiente. Bueno, volveremos más tarde. ¿Vamos, Teo?

—¡Voy! —exclamó Teo saltando hacia la puerta.

Pero el grandullón lo cazó por el pescuezo y lo tiró a un sillón.

—¡No pueden hacerme daño!

Goliath apuntó a Rocky.

—Empezaremos con usted.

—¿Sí?

—Va a decirnos dónde diablos tiene escondidos los cigarros.

—Bueno, tengo un par más en el bolsillo interior.

Goliath torció las facciones.

—Anda, Freddy. Pégale con la culata del Colt en el pómulo. El

del Colt gruñó al tiempo que levantaba el arma.

Rocky lo dejó acercarse.

Y cuando Freddy bajaba el arma, se hizo a un lado y le atrapó la muñeca al vuelo.

Freddy aulló al sentir la torsión del tendón.

Pero se le alivió porque colaboró al salto que le proponían y volcó por los aires.

Se estrelló contra Goliath y ambos fueron en línea recta contra una mesita de noche que reventaron en una explosión de mondadientes.

Los tipos de la mesa se incorporaron tirando de las armas. Como Rocky estaba vuelto de espaldas, no los vio sacar.

—¡Quieto! —rugió el más alto de los dos tipos armados.

Rocky se humedeció los labios a la vista de los revólveres y asintió, alejando la diestra del Colt.

—De acuerdo. ¿Qué quieres ahora?

—Gronch, el tipo que usted llama Goliath, se va a enfadar mucho. Estaba muy enfadado, porque cuando se desenredó de Freddy acercóse con los ojos flameantes a Rocky Miller.

—¡Maldito sea! ¡Te voy a hacer pedazos!

—¿Sabe judo? —replicó Rocky, y reculó unos pasos.

Gronch resolló rabiosamente:

—Le voy a anudar las piernas en el cuello, cerdo.

Rocky chascó la lengua.

—Ya tarda, rinoceronte.

Gronch sólo tenía que oír aquello para dar un estallido de furor. Se lanzó ciegamente hacia Rocky.

El joven le esperó ligeramente arqueado.

Cuando Gronch se le vino encima, enderezóse soltando un gancho.

No falló.

Golpeó la quijada de Gronch.

La cosa fue muy seria.

Gronch atravesó la puerta del dormitorio.

La atravesó sin abrirla, haciendo saltar cien astillas.

Y aun así, no paró de correr.

Salió por fin, justo por el hueco de la ventana del dormitorio y desapareció llevándose el marco.

Dejó un feo agujero en la pared.

Los tipos que estaban de parte de Gronch rugieron a coro y sacaron las armas.

—¡Se acabó el juego! —gritó Freddy. Sus ojos bailotearon con expresión asesina—. Primero vamos a cargarnos a Rocky Miller y al viejo de la barba roja...

—¡Soy inocente! —chilló Jim, y cayó de rodillas.

Fred continuó con los dientes apretados.

—Y cuando sólo quede el vejete, Teo Full, seguro que él nos pondrá al corriente de la información que se nos ha solicitado. ¿Está bien pensado, chicos?

Los dos asesinos de segundo plano asintieron con gruñidos.

—Eres un lince —dijo el más pecoso.

—¡Ya, chicos!

Rocky se arrojó con presteza tras un largo diván.

La primera ráfaga de balas descosió el borde de arriba y mostró el relleno.

Entonces, Rocky disparó a través del mueble.

Miraba por el resquicio que quedaba entre el respaldo y el asiento.

No falló un disparo.

Freddy derribó la mesa del centro y dio la vuelta de campana.

Cuando tocó el suelo, ya había muerto.

El pecoso rodó debido a la fuerza balística del proyectil y se empotró debajo de la cómoda.

El tercero de los tipos soltó el revólver y abrió los brazos en cruz.

—¡No tire, señor Miller!

Rocky se le acercó y le puso el Colt debajo de las narices.

—¿Quién les envió para esto?

El tipo se humedeció los labios y dijo muy aprisa:

—Me llamo Sam Crevin y asaltaba diligencias en las márgenes del río Grande...

—¡Al grano!

—Allá voy, señor Miller. Estábamos los chicos y yo sin trabajo, cuando el grandullón que usted golpeó nos dijo si queríamos averiguar el paradero de un buen cargamento de puros. Nos darían cien dólares por el trabajo. Aunque pensábamos quedarnos con toda la parte. Seguro que el tipo capitoste será conocido por Gronch. ¡No

me mate, señor Miller!

—No sabes las ganas que tengo de apretar el gatillo. Pero sólo mato pavos silvestres a sangre fría. ¡Ahueca antes de que me arrepienta!

El tipo sólo tenía que escuchar aquello. Corrió y, tras abrir la puerta lo suficiente, escapó por allí con la velocidad de un cohete.

Rock ayudó a Teo y a Jim a ponerse en pie, porque estaban atacados de tembleque.

—¡Me lo estaba oliendo...! —exclamó, quejumbroso, Teo.

—Ahora es cuando necesitamos más que nunca el trago que interrumpimos, muchachos.

Y los dos ancianos trotaron detrás del joven, camino del bar.

CAPITULO VIII

Lola embadurnó la paletilla izquierda del yacente con pomada antisolar.

—William —rió—. Se te ha saltado mucha piel. Te pelarás todo.

—¿Y quién me ha saltado el pellejo con sus lindas zarpitas, Lola? —maulló Tolling como un gato hambriento.

—Calla, tonto. Vas a ponerme colorada. Ya sabes que la culpa la tiene el sol.

—Sí, el sol...

Lola acarició el broche que lucía en el busto.

—No sabes lo que me gusta, Willy.

—También tendrás la sortija en forma de serpiente. Pero antes tengo que rematar un buen negocio... ¡Canastos, casualmente ahí viene Dick!

Lola se ahuecó el cabello cuando vio al rubio.

Le gustaba más que el jefe, pero siempre le pillaba preocupado. Le hizo un hociquito con disimulo.

Pero el rubio Dick hizo una mueca triste.

Tolling fue borrando la sonrisa de sus labios.

—No me digas que ha salido algo del revés.

—Algo, no. Todo, señor Tolling.

—¿Cómo? —gritó William Tolling.

Lola se esfumó por el gimnasio.

Dick la siguió en sus contoneos hasta perderla de vista.

En realidad, se hallaba ensimismado.

—Ese Rocky Miller es un tipo peligroso —dijo Dick.

—De modo que se zafó de la trampa, ¿eh?

—No, jefe. Cayó en ella.

—¿Has dicho que cayó...?

—Pero salió de ella a balazo limpio. Se cargó a tres alquilados y a Gronch me lo sacó de mala manera por una claraboya, con unos dientes de menos.

—¡Infiernos, no!

—Si, señor Tolling. Miller es un diablo con las armas. Un tipo fuera de serie.

Tolling cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—Parece cosa de pesadilla. ¡Nunca me costó tanto trabajo conseguir algo como me están costando esos cigarros!

—Y ahora tiene al tipo fanfarroneando por ahí con uno de los cigarros entre los dientes. Los dos viejos pajarracos que van con él también ostentan la misma marca de cigarros: La Maravillosa, Made in Habana. Eso dicen las vitolas. Las vi muy bien.

—Condenación...

—Jefe —suspiró Dick—. ¿Por qué no abandonamos?

—¿Abandonar, Dick? ¡Infiernos, no! Tengo esa partida colocada para uno de mis clientes del Este. Pagará el doble de lo que valen. ¡Sacaré veinte mil dólares si aprieto bien las clavijas!

Dick silbó.

—Es una cantidad respetable.

En eso Lola dio un chillido y salió corriendo del gimnasio.

—¡Hay un hombre horrible ahí dentro!

William y Dick respingaron a coro y echaron mano a las armas.

Por detrás de Lola salió un sujeto barbudo, sonriente, de ojos brillantes que estaban recorriendo las protuberancias de la chica.

—Caramba, Tolling. Ya sabe usted cuidarse

William frunció el entrecejo.

—¿Quién es usted, pordiosero?

—El que se va a quedar con esta pera en dulce —señaló el barbudo a Lola.

Ella escupió en el suelo.

—¿Yo? Primero atrapo la sama.

—Me llamo Ed Kantor —rió el recién llegado, todavía con los ojos ávidos de geometría. Chascó la lengua—. Vaya que sabe cuidarse, Tolling.

William ladeó la cabeza y resolló:

—Escuche, ¿quiere decir algo antes de tragarse una píldora para la inflamación intestinal?

El barbudo Ed Kantor se acompañó con una risita mientras se acercaba a los dos hombres que le miraban perplejos.

—¿A mí? Deje que me ría.

—¡No lo tome a broma, Kantor! ¿Qué prefiere? ¿Un balazo en el estómago o en la dentadura? ¡Elija!

Ed Kantor sentóse en una cómoda banqueta y, como tenía al alcance de la mano un frasco de buen licor, lo escanció en un vaso y

bebió un trago.

William cerró los ojos con fuerza.

—Demonios, hay algo que me paraliza el dedo y me impide disparar.

—La caradura del tipo, jefe —cabeceó Dick, enfocando al barbudo con el Colt.

Ed Kantor usó la pared como respaldo y cruzó las piernas.

—Abra las orejas, Tolling. Vengo a negociar con usted.

—¿Quiere repetirlo? —frunció Tolling medio rostro.

—Tengo un cargamento de habanos a su disposición, si sabe pagarlos.

William y Dick se miraron mudos de asombro.

—¿Usted tiene los puros? —exclamó al fin Tolling—, ¿Quiere decir que se anticipó a mis hombres y los limpió a Rocky Miller?

—Rocky Miller no ha tenido más puros que los que tomó con la mano cuando viajó en los vagones.

—¿Eh…?

—Sí, Tolling. Yo y mis muchachos acudimos cuando tres mamarrachos enviados por usted llegaron al punto de descarrilamiento y se divertían en asustar a un viejo que va con Miller, y al que, dicho sea de paso, tengo que masacrar bien masacrado.

—¡Esos habanos nos pertenecían, Kantor!

—Calle, hombre —sonrió Ed—. El asuntejo hacía tiempo que lo teníamos madurado mis chicos y yo. Pero, ¿qué encontramos a la hora de trabajar? Primero: Una pareja de farsantes viajaba de matute en el último vagón. Segundo: Salieron de la vía sin más ni menos. Tercero: Nos encontramos con que el responsable de todo el desaguisado era un tipo del tren combinado con aquellos mamarrachos que despachamos.

—¡Todos eran empleados míos!

—Ya se lució usted, Tolling.

—Maldita sea… ¡No me hable en ese tono de mofa!

Kantor juntó las espesas cejas. Ya estaba serio.

—Si desde el principio se hubiera puesto de acuerdo conmigo, Ed Kantor, el tipo que vacía cualquier mercancía de ferrocarriles parados o en marcha, las cosas habrían ido de otra forma. Pero, ¿qué se le ocurrió a usted? Envió al rubito para contratar a tres

jumentos que sólo sabían robar gallinas y conejos de los patios. Y todo les salió al revés. ¿Ve la diferencia entre un técnico en la materia y un hombre honrado como usted, Tolling?

Tolling pestañeó al escuchar el calificativo.

Ya empezaba a gustarle el pajarraco barbudo.

—¿De modo que tiene los habanos?

—En el saco, amigo.

—Muy bien, ¿cuánto quiere, Kantor?

Ed se rascó la barba.

—Usted me dará cinco mil pavos para empezar.

—No está mal —asintió Tolling.

—Es una buena cantidad para un reductor como usted, señor Tolling. Usted podrá sacar mucho más porque tiene amistades bien lejos de acá y sabrá retorcer la ubre.

—No se engaña, Kantor.

Ed gruñó rascándose un sobaco.

—Lo demás es de propina.

—¿Qué quiere más, Kantor?

Ed apuntó con el dedo gordo hacia Lola.

—La chica.

Lola tragó mucho aire y gritó:

—¡Mata ahora mismo a ese cerdo, Willy! ¡Mátalo!

Tolling se pasó la mano por la cara.

—Pide usted demasiado, Kantor.

—La muchacha no es nada del otro mundo, Tolling.

—Está bien de curvas, Kantor. Además es joven.

—¿La tasaría en doscientos dólares, señor Tolling?

—Más… Bastante más.

Lola estaba tan asombrada de verse tratada como una res, que boqueaba habiendo perdido la facultad del habla.

—¿Cuánto quiere por ella, Tolling?

—Mire, Kantor… —suspiró Tolling—. Tengo de repuesto una chica de Tijuana, prima de ésta, que no está del todo mal. Pero prefiero lo mejor, ¿entiende, Kantor? Si tuviera una digna sustituía haríamos negocio.

—Le daré trescientos dólares, Tolling.

—Espere a que meta en el bote a una fulana estupenda que se llama Anne Orping. En cuanto acabe el concurso, la chica de que le

estoy hablando se hallará hecha mieles conmigo y ya podré traspasarle a Lola.

—Cuatrocientos.

—Es poco, Kantor. Mírela bien. El peinado me costó diez dólares, el broche de la fachada, cien. Lo que lleva puesto encima pasará de los doscientos y pico. No, Kantor. Es poco: cuatrocientos no es suficiente.

—¿Y lo que me costará alimentarla a base de pollo para que se ponga más rellena, señor Tolling? Usted la tenía a dieta.

Tolling rió reposadamente.

—Me gusta que tengan la cintura estrecha.

Ed arrugó la nariz.

Pestañeaba dubitativo.

—Y ahora hará falta ver si lo tiene todo en orden.

—Todo de primera, Kantor.

—Me refiero a que haya que comprarle ropa.

—Tiene seis pares de zapatos, cuatro vestidos, dos bañadores y algunas chucherías a base de pendientes y cosillas así. Lo dicho, Kantor. Si sumara todo lo que gasté en ella, pasaría de los quinientos. Además tiene una funda de oro en la muela de abajo que me costó veinte pavos. Enséñale la muela a Ed, ricura.

—¡Que se la enseñe su abuela! —exclamó Lola.

Tolling se echó a reír.

—Bueno, Kantor, parece que no le cayó muy bien a la chica.

Kantor observó a la joven.

—Hay fulanas que al principio resultan difíciles, pero luego se van ablandando. Las pongo al baño María..., ¿sabe?

Lola echaba chispas por los ojos.

—Willy, no consientas que este hombre me ponga la mano encima. Me moriría.

—A callar, nena. Tú harás lo que yo te mande.

Lola se plantó delante de Tolling.

—He hecho por ti todo lo que has querido. No puedes dejarme ahora a las puertas de tu casa, para que me recoja el primer vagabundo que pase.

Tolling le soltó una bofetada y la joven se tambaleó, aunque no llegó a caer.

—Deberías conocerme mejor, Lola. No consiento que nadie se me

rebele.

Kantor soltó una risita.

—Después de todo, no es usted un tipo tan correcto, Tolling. También les da jarabe de palo.

—Es el mejor procedimiento.

—Es lo que digo yo.

—Le descontaré 500 dólares por el traspaso de Lola. Pero no se haga ilusiones con respecto al vestuario. Me lo quedo para la próxima nena que tenga de la misma talla.

—Correcto, si no le saca también la funda de oro. No me gustan melladas.

Tolling rió, cabeceando.

—Trato hecho. Se la llevará con la funda.

Kantor dio un paso hacia la joven.

—No la toque, Kantor —dijo Tolling.

Kantor arqueó las cejas.

—¿Qué le pasa ahora, Tolling?

—Cuando hago una operación, acostumbro a pagar el precio una vez ha sido rematada. Dígame dónde están los cigarros.

Hubo un silencio y luego Kantor repuso:

—No espere que se lo diga.

—¿Es que no se fía de mí?

—Tanto como usted del hijo de mi madre.

Tolling lanzó una carcajada.

—Eh, Dick, el muchacho no sabe con quién está tratando.

El rubio se rascó una patilla.

—No, no lo sabe. Escuche bien, Kantor. Difícilmente encontrará por el mundo un hombre con más palabra que William Tolling.

—No se canse, hermano —retrucó Kantor—. No les voy a decir el sitio donde están los cigarros. Pero se los pondré en las manos. Las cosas se harán como yo diga. Tolling.

—Hable, muchacho.

—Esta tarde a las ocho los estaré esperando con dos amigos, en la Encrucijada del Diablo.

—A las ocho estaremos allí.

—No vayan más de tres.

—Tenemos que llevar un par de carros para cargar la mercancía —repuso Tolling—. No querrá que nos traigamos los cigarros en los

bolsillos.

—Está bien, pero acuérdese también de viajar con los cuatro mil quinientos dólares y con Lola.

—No olvidaré ningún detalle.

Kantor esbozó una sonrisa.

—Sabía que usted y yo llegaríamos a un acuerdo.

—Yo también, Kantor, yo también...

Kantor se dirigió hacia la puerta y en el camino se detuvo ante Lola.

Levantó la mano para acariciarle la barbilla, pero la joven dio un salto apartándose de él.

—¡No me toque!

Kantor la contempló con ojos brillantes.

—Dime eso cuando hayas pasado a mi jurisdicción y me parto de risa.

Luego hizo un saludo tocándose el ala del sombrero con los dedos y salió de la estancia.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras el visitante, Lola respiró agitadamente.

—Eres un tipo bastardo, William Tolling. Dijiste que nadie te había masajeado como yo.

—Y es verdad, nena. Lo puedo jurar. Nunca mis músculos fueron trabajados por unos dedos tan finos.

—Y me echas tanto de menos que, a las primeras de cambio, me quieres apartar de tu lado.

—Eres muy ingenua.

—Es otra de mis virtudes. Tú también lo dijiste.

—No me refería a ciertas cosillas, en las que, por el contrario, estás muy adelantada. Sólo eres ¡nocente en lo que se refiere a la forma de comportarse de William Tolling. —Hizo una pausa—. ¿Crees que voy a consentir que un cualquiera como ese Kantor me tome el pelo...?

Se echó a reír de nuevo.

La joven se acercó a Tolling y le echó los brazos al cuello.

—Le vas a tender una trampa... Lo adivino.

—Has dado en la diana, dulzura. Una hermosa trampa en la que vas a jugar un papel importante, porque formarás parte del cebo.

—¡Oh, William, eres maravilloso...! ¡Cuánto te quiero...! ¿Tendré

la sortija con la serpiente…?

—Sí, nena. Puedes estar segura de que la tendrás, además del broche.

Lola oprimió su boca contra la de Tolling.

CAPITULO IX

—Hay una cosa clara, Teo —dijo Rocky Miller—. Y me estoy refiriendo a esos tipos.

—Para mi también está claro. Sólo querían defuncionarnos; pero ¿por qué?

—Porque creían que teníamos los puros... Por lo tanto ellos están convencidos de que los cigarros se encuentran en Madoxville.

—Estupendo, Rocky. Los cigarros están en Madoxville, y nosotros hemos de escapar de la ciudad como si nos fuese en ellos la vida.

Jim *Barbarroja* intervino:

—No podéis marcharos, muchachos. Cuento con vosotros para ganar el primero o segundo premio del concurso, con mis «pulpos a la berenjena».

—Cómete los pulpos y sacúdele la berenjena al alcalde —repuso Teo—. Tenemos que defender un plato especial: Nuestra piel en su jugo y sin ningún agujero. ¿No es verdad, Rocky?

—Calma, Teo. No hay que ponerse nerviosos.

—¿Cuántas veces he oído lo mismo? Y no sé si será casualidad, pero, cada vez que has dicho eso, han caído rayos del cielo sobre nuestras cabezas.

En aquel momento se oyó un estampido.

—¡Ya está ahí el primer rayo! —gritó Teo y se arrojó en bruces sobre el piso.

Una voz tronó:

—Pongan las manos en alto.

Rocky se volvió viendo al sheriff Marcomby con un Colt en la mano.

Pero Marcomby no estaba solo.

Le acompañaba un gordinflón que arrastraba la pierna derecha al andar.

Rocky les obsequió con una sonrisa.

—¿Qué le pasa, sheriff?

—¿Se atreve a preguntarme qué me pasa? Liquidaron en uno de los reservados a todo Un ejército.

—No exagere, sheriff. Sólo fueron algunos tipos que estaban de sobra en el mundo.

El gordito se pasó un pañuelo por la cara.

—En eso tiene razón, jefe.

—No he pedido tu opinión, Olle.

El ayudante dejó escapar el aire y descansó el cuerpo sobre la pierna que no arrastraba.

El sheriff apuntó con el revólver a la cara de Rocky.

—¿Por qué fue la pelea?

—Esos tipos quisieron coaccionarnos.

—¿Coaccionarlos? ¿Para qué?

—Usted sabe que nosotros somos miembros del jurado para elegir el mejor plato del «Concurso Culinario». Esos fulanos pretendían que diésemos el voto al cierto tipo que les pagaba.

—Conque es a eso, ¿eh?... Queriendo hacer trampas en el concurso.

—Teo y yo somos dos tipos honrados a carta cabal. Jamás hemos aceptado un dólar, si a cambio de él teníamos que dejar de cumplir con nuestro deber.

—¿Quién era el tipo que pagaba a esos fulanos? Dígalo pronto, Miller, y le ajustaré las cuentas.

—Eso es lo malo, sheriff. Se murieron sin decir esta boca es mía.

El sheriff cerró un ojo.

—Me gustaría saber si me está diciendo la verdad.

Jim *Barbarroja* levantó una mano alegremente.

—Puedo responder por mis dos amigos.

—¿Y quién responde por ti? —repuso Marcomby.

—Me ofende, sheriff. Yo tengo mi honorabilidad.

El sheriff fue a replicar aquella frase a Jim *Barbarroja*, pero cerró la boca de una dentellada.

—Vámonos de una vez, Olle.

El sheriff y su ayudante se alejaron hacia la puerta.

Teo se puso en pie con la cara resplandeciente de satisfacción.

—Caramba, ha sido un buen susto. Estamos de suerte, Rocky, y debemos aprovechar la racha. Ahora recuerdo que tenías ganas de conocer Canadá... ¿Qué te parece si nos vamos hacia allá ahora?

—Muy bien, Teo. Nos iremos... cuando hayamos solucionado lo de los cigarros.

Teo emitió un gemido, pero se dio mucha prisa en despachar el whisky que contenía su vaso.

En aquel momento, Rocky sintió que le tironeaban de la manga, y al volverse vio a su lado a un tipo larguirucho.

—¿Es usted Miller?

—Sí.

—Le traigo un recado.

—¿De quién?

—Venga conmigo y lo sabrá.

Teo dio un respingo.

—¡No vayas, Rocky! ¡Es otra encerrona!

Miller observó atentamente el rostro del mensajero.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Dort Randall.

—Está bien, Dort. Voy a ir contigo, pero, si intentas jugármela, hoy mismo harás compañía a un coro de serafines.

—No sea tan puntilloso.

Rocky dio una palmada en la espalda a Teo.

—Quédate con Jim. Volveré en un rato.

—Eso es lo que tú crees. Irás y no volverás.

Rocky hizo una señal a Dort y los dos emprendieron la marcha.

Salieron a la calle Mayor y luego torcieron hacia las afueras del pueblo.

Dort se detuvo ante la puerta trasera de una casa.

—Es aquí, Miller.

—Tú entrarás delante.

—Sí, señor. No hay inconveniente.

Randall abrió la puerta y se coló dentro seguido de Miller, el cual olfateó el aire, que olía a pan recién hecho.

Se encontraba en una amplia estancia en una de cuyas paredes había un horno. Un tipo forzudo con cara de animal, poderosa musculatura y que se cubría tan sólo con una camiseta, estaba sacando los panes del agujero con una larga pala.

—¿Dónde está el patrón, Slim? —preguntó Dort Randall.

El llamado Slim interrumpió su faena para mirar al forastero.

—Conque usted es Miller, ¿eh?

—Sí. Yo soy.

—El patrón quiere hablar con usted. Y le voy a dar un consejo.

—Adelante, Slim. No se lo quede en el buche.

—Haga todo lo que él le pida. ¿Lo entiende…? Si se atreve a

contrariarle, lo meto de cabeza en el horno para que se cueza en su propia mantequilla.

—Es usted muy persuasivo, Slim.

—No olvide lo que le he dicho. Y ahora, vaya a ver al patrón. —Señaló un corredor que había a la derecha—: Segunda puerta… No hace falta que le acompañes, Dort.

Rocky dio una cabezada y atravesó la estancia.

Al llegar a la segunda puerta, llamó suavemente con los nudillos; pero, como no oyese ninguna respuesta, hizo girar el picaporte y entró en la habitación.

Quedó quieto en seguida al ver a la hermosa Anne Orping tendida en un diván, el codo apoyado en un almohadón.

La joven estaba tan tentadora que, instantáneamente, Rocky sintió que se le resecaba la garganta.

Anne abanicó las pestañas, esbozó una sonrisa y dijo:

—Ven acá, buen mozo.

CAPITULO X

Rocky echó a andar hacia el diván.

—¿Sorprendido? —inquirió la bella joven.

—Un poco.

—Lo comprendo. No esperabas que yo fuese así.

—No, ésa es la verdad. Pero, después de todo, he tropezado con mujeres como tú.

—¿Con qué clase de mujeres me comparas?

—Con las que parecen mosquitas muertas y luego resultan panteras.

—De modo que te parezco un animal felino —sonrió Anne Orping, y acompañó sus palabras con un alzamiento de la cadera. Rocky se pasó la lengua por los labios.

—Lo más felino que he visto en mi vida.

—Siéntate.

—¿Dónde?

—A mi lado, tonto.

—No queda sitio, tú lo ocupas todo.

La joven imprimió otro movimiento a su cuerpo echándose hacia atrás.

—Aquí tienes un huequecito.

Rocky se sentó en el lugar que ella le había dejado.

Miller notaba algo muy extraño en todo aquello. La joven no daba el tipo. No, Anne Orping, no era una *girl.* Estaba representando un papel y lo hacía muy mal.

—Rocky...

—¿Si, Anne?

—Tu nombre es muy bonito.

—No está mal. Hay otros peores.

Anne levantó un brazo y sus dedos juguetearon con la oreja de Miller.

—Rocky... Nunca he visto un hombre como tú, tan especial...

—¿En qué consiste mi especialidad?

—Eres un muchacho que inspira confianza a la mujer que está a tu lado. Respiras virilidad por cada uno de tus poros.

Miller decidió emplearse a fondo. Se inclinó sobre Anne y le pasó

una mano por la cintura. Instantáneamente, la joven le opuso resistencia.

—Nena, ¿qué te pasa...?

—Rocky, ¿sientes algo por mí?

—Desde luego.

—¿El qué?

—Me pegaste el flechazo cuando te vi... Sí, Anne, así fue como ocurrió. Te vi en el concurso culinario y ya no hubo otra mujer para mí.

—Oh, Rocky... Eso me recuerda una cosa, quiero decir con respecto al concurso culinario... Tú eres uno de los miembros del jurado y ya sabes que yo he presentado un plato.

—Tarta de frutas y chocolate con un piso superior de guindas.

—Quisiera llevarme el primer premio.

—Te lo mereces, nena.

—¿Tú crees, Rocky?

—Estoy absolutamente convencido de que todo lo tuyo merece una recompensa... Tus ojos..., tu boca..., tu cuello...

—Debes hablar de la tarta y no de mí..., Rocky... Has de votarme y conseguir que tu amigo, ese hombre que te acompaña, me vote también.

CAPITULO XI

Teo gritaba a través de la reja:

—¡Soy inocente, sheriff!

—Deje de graznar, pájaro —exclamó el representante de la ley, Elías Marcomby.

—Esto es una injusticia... Está atropellando mis derechos, sheriff.

—Yo le daré derechos a usted y a su compañero... ¡Menudo par de vivos! Se llegaron aquí para tomar la cabellera a todo el mundo;pero debieron tener en cuenta que, tarde o temprano, les fallaría el truco.

El gordito Olle entró en la oficina arrastrando su pierna.

—Esta gota no me deja vivir —se lamentó.

—Deja en paz a la gota —repuso el sheriff—. Te dije que detuvieses al otro pájaro.

—Debió batir alas y se largó a otro nido.

—Maldita sea... Quería verlo encerrado con el viejo.

Teo chilló otra vez desde la celda que enfrentaba con la mesa tras de la que se sentaba el sheriff.

—Sáqueme de aquí, sheriff... Yo también me largaré con viento fresco.

—Usted continuará en la jaula.

En aquel momento se abrió la puerta y Rocky Miller entró en la oficina.

El gordito Olle se quedó con la boca abierta y no menos asombro produjo la aparición del joven en el sheriff.

—¿Cómo está, sheriff Marcomby? —inquirió Rocky sonriendo.

—Yo muy bien. ¿Y usted?

—Estupendamente. ¿Y la familia?

—Verá, mi hermana Edith... —el sheriff se interrumpió de pronto y se puso lívido—. ¡Ya llegó el otro pájaro! ¡Enciérralo!

—Como las balas, jefe.

—Un momento —dijo Rocky—. Calma y serenidad. Aquí ha habido una confusión y es necesario que aclaremos las cosas para que la justicia quede cumplida.

Olle hizo otro gesto.

—Caramba, sheriff, este tipo habla muy bien.

Marcomby se echó sobre la mesa dejando escapar una risita por entre los dientes.

—Conozco a los tipos de su clase, Miller. Van por el mundo utilizando toda clase de trucos.

—Sheriff, usted es muy duro.

—Ni más ni menos que lo necesario cuando tengo que enfrentarme con fulanos de su especie… En cuanto le eché el ojo, me di cuenta de que uno de sus trucos favoritos era la usurpación de personalidad.

—Sheriff, está comprometiéndose con sus palabras. Yo no usurpé la personalidad de nadie, ni Teo tampoco lo hizo. Somos víctimas de las circunstancias; lo único que pasó fue que nos confundieron.

—No me diga, muchacho.

—Seguro, sheriff. Pero eso es lógico después de todo. Teo y yo somos unas personas que inspiramos mucha confianza a nuestros semejantes. Una vez en Abilene a Teo lo tomaron por senador y a mí por su secretario.

—Cuénteme otra de miedo, Miller. Conmigo eso no cuela.

—Sheriff, hablemos en serio —sonrió Rocky—. ¿Por qué cree que íbamos a hacernos pasar por miembros del jurado de ese condenado concurso culinario? ¿Qué ventajas nos iba a reportar?

El sheriff cerró un ojo, el izquierdo.

—Tengo una respuesta para eso. Miller.

—Escúpala.

—Ustedes pensaban dar el premio a uno de los concursantes y, naturalmente, le habrían cobrado el favor.

Rocky se puso la mano en el pecho.

—Sheriff, Teo y yo no somos personas capaces de llegar a eso… Nos confundieron como miembros del jurado y decidimos seguir la corriente porque pensamos que, al fin y al cabo, votaríamos con honradez y que, con ello, contribuiríamos a dar el premio a quien realmente lo mereciese.

El sheriff abrió el ojo izquierdo y cerró el derecho.

—He conocido a tipos con la cara como el granito, pero ninguno la tenía tan pecosa como usted, Miller.

—Son habladurías de la gente. Cuando uno sobresale de la multitud, ya sabe que se expone a ser calumniado. Le contaré lo que me pasó cuando cierta vez me dejé caer por Austin…

Olle se acercó renqueante.

—Cuéntalo. Apuesto a que vale la pena oírlo.

—¡Olle! —bramó el sheriff.

—¿Sí, jefe?

—¡Desarma a este hombre y mételo en la celda con su compañero!

Rocky chascó la lengua.

—Sheriff, no debe decir eso.

—¡Es una orden, Olle! ¡Cúmplala!

La puerta se abrió de nuevo dando paso a un tipo enlevitado, con nariz de ave de rapiña.

En das zancadas se plantó delante de la mesa del sheriff.

—¡Señor Marcomby, esto es intolerable!

La cara del sheriff cambió en una fracción de segundo. Antes era una máscara de indignación y ahora se ablandó súbitamente. Sus ojos parpadearon y, poco a poco, en sus labios fue floreciendo una sonrisa.

—Señor Clarke, ¡qué sorpresa!

—¡Déjese de cuentos, Marcomby! Usted ya sabe por lo que he venido. Nos robaron dos vagones de cigarros destinados a la firma de la que soy presidente. La Voluptuosa Habanera.

—¿Es posible, señor Clarke?

—No se haga el loco, sheriff. Eso ha ocurrido ante sus propias narices.

—Yo no estaba allí.

—Pero confiesa que está al corriente.

El sheriff sacudió la cabeza.

—Llegó a mis oídos.

—¿Y cómo no ha detenido a los culpables, Marcomby?

—Disculpe, señor Clarke, pero ya cumplí con mi obligación.

—¿De veras? —repuso Clarke con sarcasmo—. ¿Y cómo cumplió?

—Fui personalmente allí con unos cuantos hombres, pero no encontramos rastro de los cigarros.

—Claro, usted habrá supuesto que alguien se los fumó todos.

Olle intervino:

—Habrían dejado la ceniza…

Clarke fulminó con la mirada al ayudante.

—No estoy para chistes.

—Perdone, señor Clarke. Olvidé de pronto que es usted un pez gordo.

Las orejas de Clarke se pusieron rojas, pero dejó de prestar atención a Olle para dedicársela al sheriff.

—Marcomby —dijo Clarke, agitando el dedo Índice ante la cara del representante de la ley—. Si no da con ese cargamento, ya puede usted despedirse del cargo.

—Pero ¿qué quiere que haga, señor Clarke?

—Algo muy sencillo. Descubra el paradero de la mercancía y encierre a los culpables en una celda. Ya sabe que nuestro representante en esta ciudad ofreció una sustanciosa recompensa en dinero efectivo a la persona que diese la información necesaria para llegar hasta esos ladrones.

Rocky dejó oír su voz.

—Ya puede ir soltando la pasta, señor Clarke.

—¿Eh? ¿Quién es usted?

—Un detenido —exclamó el sheriff.

—El hombre que le va a devolver los cigarros —retrucó el joven —. Rocky Miller.

—No le preste atención, señor Clarke —chilló Marcomby—. Es sólo un enredador, un tipo que se pone a hablar y hablar hasta convencer que es de noche cuando brilla el sol en lo más alto.

Clarke entornó los ojos.

—Si es capaz de hacer eso, entonces es el hombre que me conviene.

—¡Señor Clarke…!

—A callar, sheriff —gritó pegando un puñetazo en la mesa.

Tras el silencio, Clarke sonrió untuosamente a Rocky.

—¿Tiene alguna pista, muchacho?

—Seguro, señor Clarke.

—¿Cuál?

—No espere que se lo diga. Entonces recuperaría usted la mercancía por su cuenta y yo no cobraría.

Clarke soltó una carcajada.

—Creo que usted está hecho de la clase de barro que yo prefiero en los hombres.

El sheriff habló con voz ronca.

—Señor Clarke, este tipo le está liando. He recibido información acerca de él y del abuelo que ve usted entre los barrotes... Viajaban como polizontes en el tren que transportaba su mercancía... Y por si fuera poco, han sido vistos fumando sus puros de la Habana.

Clarke entornó los ojos.

—¿Es eso cierto, Miller?

—Sí, señor Clarke.

El sheriff prosiguió:

—Ya tengo al viejo metido en la celda y me disponía a encerrar también a este vivales cuando usted se presentó, señor Clarke. Mi idea era la de tenerlos en remojo unas cuantas horas y luego apretarles los tornillos. Y sigo pensando que es lo mejor. Me da en la nariz que estos fulanos tienen algo que ver con la gentuza que se apoderó de la mercancía.

—¿Qué dice a eso, Miller? —inquirió Clarke levantando el aguileño apéndice.

—Ya le he dicho que es verdad que Teo y yo viajábamos en el tren que sufrió el sabotaje, pero no lo es menos que ninguno de los dos tenemos que ver con ese asalto. —Seguidamente Rocky contó a Clarke la intervención que el viejo y él habían tenido en el asunto de los cigarros.

—No le crea una sola palabra —exclamó el sheriff cuando el joven hubo terminado.

Clarke se masajeó el mentón.

—Me precio de conocer a las personas al primer golpe de vista, Miller. Usted es un lobo.

—Pero no un tonto, y es lo que habría demostrado ser si, después de realizar el robo de los cigarros, me hubiese dejado caer por aquí para formar parte de un jurado que ha de premiar un concurso culinario.

—¿De qué habla? —preguntó Clarke.

—Cuénteselo usted, sheriff —dijo Miller.

Cuando el presidente de la Voluptuosa Habanera hubo sido informado por el sheriff de aquella otra cuestión, soltó una risotada.

—Si, Miller. Tiene razón. Ahora ya estoy convencido de que dice la verdad.

—¡Infiernos, señor Clarke! —empezó a protestar el sheriff.

—Silencio, Marcomby.

El representante de la ley hizo unos cuantos gestos, pero ya no pronunció una palabra.

—De acuerdo, señor Miller —dijo Clarke—. Espero recuperar mi mercancía por su mediación.

—Y por la del abuelo —sonrió Miller—, No se olvide de él —señaló la puerta enrejada tras la que se encontraba Teo.

—Suelte a ese hombre, sheriff —dijo Clarke.

Marcomby atrapó un llavero de la pared y poco después abría la puerta de la celda.

Teo brincó por el hueco como un saltamontes.

—Es usted todo un tipo, señor Clarke —exclamó palmeando la espalda de su enlevitado protector—. Ya puede estar seguro de que Rocky y yo le devolveremos todos los cigarros para que pueda estar echando humo hasta el día en que se muera.

Rocky atrapó por el brazo a su amigo y los dos salieron inmediatamente de la oficina.

Mientras se alejaban por la acera, Teo dijo por lo bajo:

—Mi amuleto sigue dando resultado, Rocky. Con otro poco de suerte, lograremos llegar hasta la estación. Subiremos en el primer tren que pase.

—No me gusta viajar como polizón.

—¿Lo has hecho alguna vez de otra forma?

—Teo, no está bien que saques a relucir los trapos sucios de la familia. —Al mismo tiempo el joven empujó a Teo hacia el Saloon Madoxville.

Jim Prestley les salió al encuentro desde el mostrador.

—Muchachos, estáis libres.

—Apuesto a que por poco tiempo —gimió Teo.

—Por un momento pensé que no tendría vuestros dos votos para mi pulpo a la berenjena.

—No los tienes, Jim.

—¿Qué dices?

—Descubrieron que lo nuestro era una superchería.

Jim se tambaleó como si le hubiesen propinado un mazazo en la coronilla.

—No pueden hacer eso conmigo... He de ganar el concurso para hacer propaganda de los Condimentos Prestley.

—Lo siento por ti, muchacho, pero las cosas se pusieron feas.

Se acercaron al mostrador y Rocky pidió tres whiskies.

Jim estaba cabizbajo y Teo trató de animarle, diciendo:

—Tengo una idea, Jim.

—¿Cuál?

—Enlata el pulpo a la berenjena y envíaselo a Buffalo Bill. Si vive después de probarlo, él mismo se encargará de hacerte publicidad.

—A Buffalo no le gustan los productos del mar. Es un hombre de tierra adentro.

Rocky parecía estar de muestra.

—¿Qué te pasa, Rocky? —preguntó Teo y lo palpó como si quisiera cerciorarse de que no se había convertido en una estatua.

Rocky olfateó el aire.

—Huelo a cigarro puro.

Los dos viejos respiraron profundamente, pero los dos a una movieron la cabeza en sentido negativo.

—Eh, Rocky, sueñas con los cigarros —dijo Teo.

—Esperadme aquí.

Rocky se apartó de sus amigos y atravesó el saloon. El aroma del habano le guio por un corredor hasta la puerta de un reservado. Del interior le llegaron unas voces.

—Mac, eres un ángel —dijo una voz femenina—. ¿De veras que me llevarás contigo a San Francisco?

—No lo dudes, Lydia. Cuando Mac Cranane promete una cosa, la cumple, aunque le vaya en ello la vida.

—Oh, Mac... Te quiero por lo formalito que eres.

Sonó el chasquido de un beso.

—Cuidado, nena, te vas a quemar con el cigarro.

—Tíralo ya y abrázame.

—Espera un poco. Es un cigarro de los caros. No todos los días tiene uno la oportunidad de fumarse un habano de esta clase.

Rocky no quiso escuchar más. Hizo girar el picaporte y abrió la puerta, penetrando en el interior.

Mac Cranane era un tipo gordo y feo. Estaba sentado en una silla y sobre sus piernas descansaba una rubia con aspecto de tener una salud de hierro. Poseía mejillas sonrosadas y una *orografía* de gran clase.

Mac Cranane manejaba un ardiente cigarro con la diestra.

Los dos habían vuelto la cabeza al oír el chasquido de la puerta

interrumpiendo el romance.

—Se equivocó de reservado, compañero —dijo Mac.

Rocky cerró tranquilamente a sus espaldas y se apoyó en la puerta.

—No, Mac. No me equivoqué.

Cranane arrugó el ceño.

—¿Qué se le perdió por aquí? Si viene por Lydia, ella tiene ya pareja. Dese una vuelta por Panamá y vuelva dentro de un par de años.

—Tampoco vine por Lydia, Mac.

—¿Lo conoces, nena?

—No —respondió Lydia, que contemplaba admirativamente a Rocky.

—Satisfaré su curiosidad, Mac —habló Miller—. Me llegué aquí por ese cigarro.

Mac miró el puro que tenía en la diestra y luego a Miller. Lanzó una carcajada.

—Ya comprendo. Es colillero… Bueno, muchacho, se precipitó un poco. Todavía me queda mucho que fumar. Salga al corredor y, cuando tenga dos pulgadas de este tarugo, le arrojaré el resto para que al menos vea cómo se consume y aprecie el aroma.

—Muy generoso.

—Mac Cranane es así, un tipo que sabe dar cuando tiene.

—Preferiría uno entero.

Mac Cranane hizo una mueca.

—No soy vendedor de cigarros.

—Apuesto a que sí.

—Eh, oiga, ¿sabe que se está poniendo pesado?

—¿Dónde está el cargamento, Mac?

—¿Qué dice?

—Me refiero a los cigarros que salieron de los dos vagones.

—No sé de qué me habla.

—Lo sabe perfectamente.

—Aparta, nena. Quiero ver mejor la cara de este chico.

La rubia quedó junto a la pared ahuecándose el cabello.

Mac Cranane se levantó y dio una chupada al cigarro. Mientras exhalaba el humo, dijo:

—Me parece que se está complicando la vida, muchacho.

—Eso es inevitable cuando uno se encuentra metido en faena.

—¿Qué faena?

—Recuperar los cigarros que fueron robados del tren.

Mac Cranane rió por la comisura de la boca.

—No tuve nada que ver con eso.

—El puro que está fumando demuestra que está relacionado, Mac.

—Usted es un tipo muy suspicaz, compañero. No sé por qué, pero le voy a dar explicaciones.

—¿Si?

—Le compré el cigarro a un mestizo ahí fuera Me costó un dólar.

—Barato.

—El cigarro era bueno y me dije que valía la pena hacer la inversión…

—Usted no pagaría un dólar por ese cigarro ni aunque le prometieran el cielo. Si se hubiese encontrado a ese mestizo vendedor, le habría robado la mercancía.

—Me está calumniando.

—Mac, quiero que abra la espita. Es lo mejor para usted en las presentes circunstancias. Si se porta bien, le daré unos cuantos dólares para que se vaya con Lydia a San Francisco.

—¿Sabe que no está mal la oferta?

—La debe aceptar sin una vacilación.

—Sí, creo que me conviene. —Había bajado la mirada al suelo, pero de pronto tiró del revólver.

Rocky estaba vigilando atentamente a su rival y no le costó ningún trabajo soltarle un puntapié en la mano con la que manejaba ya el Colt.

Mac lanzó un grito al tiempo que perdía el arma. Tiró el puño izquierdo contra la cara de Rocky, pero éste lo burló replicando con un terrible zurdazo.

Mac saltó limpiamente la mesa y cayó por la otra parte, dando una vuelta de campana.

Lydia tenía agrandados los ojos, pero estaba quieta y no gritaba.

Rocky dio la vuelta a la mesa y se agachó sobre Mac, pero éste le soltó un patadón en el bajo vientre.

El joven retrocedió y Mac aprovechó aquellos momentos para levantarse.

—Te voy a hacer tragar el puro, Miller.

Se abalanzó sobre el joven, que todavía no se había repuesto del patadón.

Mac apretó los dientes, mientras proyectaba el puro sobre la cara de Miller.

Rocky lo atrapó por la muñeca antes de que la punta encendida del cigarro llegase a su cara. Hizo un movimiento rápido hacia abajo y, cuando Mac se agachaba al faltarle el apoyo, le estrelló la rodilla en las narices.

Mac se derrumbó otra vez, pero Rocky le tomó por el cuello de la camisa y le abofeteó cuatro veces en la cara.

Mac quedó muy maltrecho después del castigo.

—¿Quieres que te saque las muelas, Mac?

—No, maldita sea. Me hacen falta para comer.

Rocky se agachó rápidamente y tomó el puro, que continuaba encendido.

—Quiero que me digas dónde está el cargamento.

—No sé nada de eso.

—Te voy a marcar la mejilla —dijo Rocky acercando la punta encendida del cigarro a los ojos del forajido.

—No haga eso… No lo hará, Miller.

—Hace un momento tú eras quien me iba a marcar a mí. No debes quejarte.

—Espere, no se precipite.

—No puedo esperar. ¿Dónde están los cigarros?

Rocky acercó más el cigarro a la piel de Mac. Casi la rozó. Mac Cranane dio un grito.

—En la cueva de Los Murciélagos.

—No quiero que me engañes.

—Le juro que le digo la verdad.

—¿Cuántos son tus compañeros?

—Tres.

—Muy bien. Vas a venir conmigo.

Mac se humedeció los labios con la lengua.

—Sí, Miller, iré con usted.

—Así está mucho mejor. —Miller arrojó el cigarro hacia un rincón y levantó a Mac, tironeándole de la camisa—. ¡En marcha, Mac!

CAPITULO XII

Ed Kantor mostró un poker de ases a sus compañeros Kennie Benson y Bert Finley.

Se encontraban en la cueva de Los Murciélagos, sentados en sendos cajones y todos ellos contenían cigarros destinados a La Voluptuosa Habanera,

Kantor atrapó los ocho dólares que había en el centro del cajón que les servía de mesa.

Kennie Benson estaba mirando sus naipes con un gesto de extrañeza. La cosa no era para menos, ya que, entre los cinco naipes que manejaba en forma de abanico, se encontraba el as de corazones.

—Eh, Kantor, esto es asombroso...

—¿Qué es lo asombroso?

—Que nos ganes.

—No tiene nada de particular. Siempre os gano.

—Sí, Ed. Eso es cierto, pero ahora no lo comprendo. Tú enseñas cuatro ases y yo tengo uno aquí. —Kennie Benson enseñó el as de corazones.

Bert Finley, todo piernas y cabeza, agrandó los ojos al ver el naipe.

—Es cierto, Kantor.

Ed se rascó una patilla y rió.

—Otra vez ha vuelto a ocurrir.

—¿Qué es lo que ha vuelto a ocurrir? —preguntó Kennie Benson.

—Los fabricantes de naipes se equivocan a veces y en una baraja meten cinco cartas de un mismo valor... Bueno, la culpa no es de ellos, sino de los tipos que empaquetan los mazos... Pero está claro que para todos ha sido igual. Si hemos jugado con cinco ases a cualquiera de nosotros le podría haber tocado el poker.

—Eso es cierto —asintió Kennie.

—Sí, creo que lo es —convino Bert Finley.

Kantor dio un suspiro después de su explicación. Daba gusto jugar con aquel par de idiotas. Naturalmente, la culpa de que hubiese un as de superávit en aquel mazo no era del tipo que lo había empaquetado. El se había sacado un as de corazones de la

caña de la bota.

—Ed —dijo Kennie—, Mac tarda mucho.

—Ese estúpido sólo tenía que comprar una botella de whisky en el pueblo y ya le dije que no se entretuviera con las muchachas.

—Eso es lo malo de Mac —gruñó Finley—. En cuanto ve unas faldas, se vuelve loco.

En aquel momento oyeron pasos y los tres llevaron la mano al revólver.

En la boca de la cueva apareció Mac Cranane con una sonrisa en los labios.

—Hola, muchachos. Soy yo.

Ed Kantor y sus dos compañeros apartaron la mano del revólver.

Justo en ese momento, por un lado de la entrada, saltó un joven que tenía el Colt en la mano.

Ed, que poseía más rápidos reflejos que sus amigos, se dispuso a sacar.

Pero la voz del joven lo detuvo:

—No hagas eso, Ed. Sólo serviría para que manchases con tus sesos la pared que tienes detrás.

Kantor dejó colgar el brazo a lo largo de su costado y dirigió una aviesa mirada a Mac Cranane.

—Conque te vendiste, ¿eh?

—No, Kantor. No fue eso. Miller me sorprendió.

—Miller, el entrometido…

Rocky entró en la cueva y dio un empujón a Ed Kantor, enviándolo con sus compañeros.

Luego el joven desparramó la mirada, observando los cajones que contenían los habanos.

—Buen botín —dijo.

Ed Kantor esbozó una sonrisa.

—Nos disponíamos a devolverlos a su dueño. Sólo queríamos asegurarnos de que nos iban a pagar la recompensa. Ya sabe, somos tipos que no resultamos muy convincentes para la gente honrada.

—Déjate de pamplinas, Ed —repuso Miller—. Vosotros no habríais devuelto los cigarros a su legítimo dueño. Queríais la mercancía para hacer negocio con ella.

—No debe decir esas cosas, Miller. Usted no es un adivino del pensamiento.

—Lo soy cuando trato con ciertas personas,

—Bueno, ¿qué es lo que va a hacer?

—Desde este momento me hago cargo de los cigarros. Yo seré quien los devuelva por vosotros.

—¿Y qué más?

—Os entregaré al sheriff.

—No, Miller. No puede hacer eso. Sería una mala acción.

—Eso resulta gracioso saliendo de la boca de unos asesinos como vosotros.

—¿Asesinos? ¿Qué dice, Miller…? Nosotros somos buenas personas.

—Liquidasteis a tres tipos que también querían los cigarros.

—¡Oh, no, Miller! Se equivoca. No los asesinamos. Lo hicimos en legítima defensa.

—Estupendo.

—Además, ellos eran gentuza… Sí, Miller, tipos sin entrañas, capaces de cometer las mayores salvajadas.

—Los cuatro merecéis una medalla.

—Seguro que nos la darían; pero nosotros somos unos muchachos muy modestos y no queremos ningún premio cuando nos limitamos a cumplir con nuestra obligación.

—No continúes, Kantor, o se me saltarán las lágrimas.

De repente, Kennie se dejó caer en el suelo.

Era la señal convenida con Kantor y Bert para desenfundar, un movimiento sincronizado que ejecutaban con la más exacta precisión.

En un instante los tres tuvieron la pistola en la mano.

Rocky comprendió que si se quedaba en el mismo sitio sería ensartado por las balas. Acabaría con uno o dos forajidos, pero él también emprendería el largo viaje a la región de las heladas sombras.

Saltó a la izquierda.

En la cueva se produjeron una serie de estampidos, tan cerca unos de otros que dieron la impresión de un solo y largo cañonazo, o de que la montaña se había convertido en un volcán.

Kantor lanzó un aullido. Un plomo le había entrado por el sobaco, lo levantó unas pulgadas y lo arrojó contra una roca de agudas aristas. Fue fatal para él porque su cabeza quedó incrustada

como en el filo de un hacha.

Kennie Benson recibió un plomo que le explotó en el cráneo, produciéndole grandes derrames.

Bert Finley paró su posta con el estómago y se retorció como una lagartija. Se puso a aullar igual que un perro rabioso, pero enmudeció cuando la muerte se lo llevó a rastras con sus dos compañeros.

De los cuatro compinches sólo quedaba vivo Cranane. Conservaba el revólver en la funda, pero no había intentado sacarlo porque el cilindro estaba vacío de balas, operación que había realizado Rocky precavidamente.

Miller se puso en pie y echó una mirada a la pared rocosa donde hablan ido a estrellarse los obuses que los tres pandilleros le habían enviado.

Dejó escapar el aire que retenía en los pulmones y se pegó un papirotazo, echando el sombreo sobre la nuca.

* * *

Anne Orping se encontraba frente al espejo preparándose para acudir a la fiesta en que se debía fallar el concurso culinario. Sentía una sorda irritación contra si misma por haberse dejado engañar por aquel hombre. Bueno, después de todo, ella tenía la culpa al tratar de conseguir los votos de Miller y de su amigo, el abuelo. ¿Por qué no eligió otros jurados? ¿Por qué justamente invitó a que se llegase a su casa el joven con objetivo de representar ante él la comedia de un súbito enamoramiento? ¿No sería quizá porque se sintió atraída realmente por Rocky?

Al llegar a este punto de sus pensamientos, se interrumpió, observando la imagen que le devolvía el espejo.

—Dime la verdad, Anne Orping, ¿qué es lo que sientes por él? —Esperó un rato la respuesta— ¿Es amor, Anne Orping?

La cabeza que había enfrente se movió de arriba abajo, y entonces Anne se tomó la suya con las manos.

—No has dicho que sí —murmuró—. Sólo ha sido un efecto óptico. Tú no quieres a ese hombre, no puedes quererle… Es un cualquiera.

De pronto oyó una voz a sus espaldas:

—Sí, Anne. Es un cualquiera.

La joven lanzó un gritito y se volvió. Junto a la puerta se encontraba William Tolling.

—¿Cómo ha entrado aquí, señor Tolling?

—Llamé pero no me oyó.

—Oh, debería estar distraída.

—Sí, mucho.

—¿A qué ha venido, señor Tolling?

—¿También lo ha olvidado, Anne? Quedamos en que yo la acompañaría a la fiesta.

—Oh, sí, señor Tolling... ¿Cómo se me ha podido ir de la cabeza?

—Quizá porque estaba muy preocupada preguntándose si él es el hombre de su vida.

La joven enrojeció.

—No está bien sorprender los secretos de una dama.

—Fue completamente casual, Anne —Tolling sonrió, paternalmente, mientras se acercaba a la joven—. Usted, querida niña, debe saber ya lo que le conviene...

—$_0$Qué es lo que me conviene, señor Tolling?

—La experiencia en la vida es algo muy importante y que siempre se ha de tener en cuenta.

—¿Para qué, señor Tolling?

—¿Cómo para qué? —repuso Tolling sorprendido y de pronto se echó a reír—. Está la mar de claro. Tenemos el caso de usted, Anne. Es una jovencita de veintiún años, y se encuentra sola en el mundo desde que su padre murió hace un par de años... Ha pretendido abrirse camino por sí misma. Es maravilloso todo lo que ha hecho, aunque debe admitir que yo la he ayudado.

—Sólo le debo trescientos cincuenta dólares, señor Tolling.

—Yo le he hecho mis préstamos muy gustoso. He ofrecido más de lo que me pidió.

—Si, señor Tolling, es cierto; pero no me gusta entramparme. Le pienso pagar cuando gane el concurso.

Tolling sonrió astutamente.

Un par de sus hombres se habían encargado de enviar anónimos a los miembros del jurado. Si votaban por la tarta de frutas de chocolate con piso superior de guindas, se expondrían a que les arrancasen las tripas. Estaba seguro de que Anne Orping no ganaría

ninguno de los premios que se ventilaban.

—Querida niña, yo celebraré mucho que gane el primer premio. Pero, aunque así fuese, seguiría encontrándose sola...

—Me abriré camino cuando tenga ese dinero.

—¿Para qué luchar cuando alguien le puede prestar su apoyo...? Alguien que la necesita, que se preocuparía por usted desde la mañana a la noche...

—Ya he pensado en casarme.

—Bravo.

—Lo haré con el hombre que yo quiera.

—Magnifico, Anne. Es lo que debe ser. Pero yo creo que para querer a un hombre, deben ser tenidas en cuenta muchas cosas... No todo ha de consistir en su físico, hay que sopesar también sus virtudes, su posición social...

—¿Usted cree, señor Tolling?

—Es frecuente que las jovencitas se dejen llevar por su instinto, por su impulso. No se puede imaginar cuántas sorpresas desagradables sobreviven después de un matrimonio en que la mujer sólo ha tenido en cuenta la parte visible del varón. —Tolling dio otro paso hacia la joven—. Anne, el hombre que le conviene soy yo.

Pero Anne no pudo oír las últimas palabras porque en aquel momento la puerta se abrió violentamente y Dort entró en la estancia.

—Señorita Orping, grandes noticias.

—¿Qué ocurre. Dort?

—Ese forastero, Rocky Miller, ha recuperado los cigarros de La Voluptuosa Habanera.

La cara de Tolling se puso blanca como el yeso.

—No te he oído bien. Dort —balbució.

—Lo he dicho bien claro, señor Tolling. Yo mismo acabo de verlo con mis ojos. Rocky Miller ha pasado en un carromato hacia la oficina del sheriff. Con él lleva un hombre y en el vehículo transportaba los cajones con los cigarros. He visto pintado en ellos el nombre de La Habanera.

Tolling tuvo la impresión de que le arañaban el estómago con un tenedor. Aquel Rocky Miller le acababa de estropear un negocio de veinte mil dólares.

—Perdone, Anne —dijo—, pero será mejor que Dort la acompañe

a la fiesta.

—¿Qué le pasa, señor Tolling?

—Me siento indispuesto, pero será algo pasajero.

—Puedo hacerle un refresco de limón.

Tolling sonrió con muy pocas ganas.

—El refresco de limón serviría de muy poco, Anne. Necesito tomar unas píldoras que tengo en casa. La veré en la fiesta.

—Como quiera, señor Tolling.

Minutos más tarde Tolling irrumpía en su casa lanzando un rugido.

—¿Dónde está Dick? —preguntó al criado que le abrió la puerta, y como éste se entretuvo en contestarle, le soltó un derechazo en el mentón.

El criado dio dos vueltas de campana sobre el piso y fue a estrellarse contra una estatua de la diosa Juno. Antes de perder el conocimiento dijo:

—Dick está en su despacho, bastardo.

—Gracias —dijo Tolling, y le soltó un patadón en los riñones.

Irrumpió en el despacho como un tigre dispuesto a saltar sobre su presa.

Dick estaba repantigado en un sillón, con las piernas sobre el borde de la mesa, fumaba un cigarro de palmo. Lola sentábase en el regazo de Dick, a quien besaba en la nariz y hacía cosquillas al mismo tiempo en la nuca.

—¡Traición! —gritó Tolling.

Lola brincó del regazo de Dick, lanzó un chillido y se arrojó a los pies de Tolling.

—No es lo que tú crees, Willy.

Dick estuvo a punto de tragarse el puro. Se levantó de un salto y logró escupirlo.

—Jefe, le juro que...

—¡No me jures nada...!

—Jefe, por favor... No se precipite...

—¿Cómo no me voy a precipitar... Rocky Miller nos ha hecho polvo el negocio. Ha recuperado los cigarros para La Voluptuosa Habanera... ¿Y qué pasa en mi casa mientras tanto...? Mi lugarteniente se aprovecha en mi ausencia para tomarle las medidas a mi favorita.

—No estábamos haciendo nada malo, jefe, usted mismo lo ha visto —repuso Dick—, Usted mismo lo ha comprobado... Se me metió una brizna de tabaco en el ojo y Lola me la intentaba quitar...

—Sí, Willy, fue eso —asintió Lola.

—Menudo par de sinvergüenzas estáis hechos. Os voy a perforar la piel.

Tiró del revólver como una centella, mucho antes de que Dick hubiese tocado con sus dedos la culata del suyo.

—Cuidado, jefe, no me puede matar.

—¿No? ¿Por qué?

—Siempre me ha gustado Lola, porque es una mujer muy entera.

—No, no le falta ninguna pieza, te lo puedo asegurar.

—Pero nunca la toqué, jefe...

—Eres un tipo muy cuidadoso. Dick... Pero no te irás solo en este viaje a la pradera de donde nunca se vuelve... Ella te hará compañía... Seguro que lo pasáis bien.

Lola soltó un chillido:

—¡Willy...! ¡No lo hagas!

—Entérate de una vez, Lola. Hoy mismo serás sustituida.

—Oh, no.

—Sí, nena. La muchacha a la que le he puesto el ojo está a punto de caer.

Dick tragó saliva.

—Le hago falta, Willy.

—¿Para qué, Dick?

—Yo mismo acabaré con Rocky Miller. Volveremos a ser los dueños de los cigarros.

—No, Dick. Te equivocaste demasiado.

Levantó el revólver y los dos, Lola y Dick, retrocedieron asustados.

—¡Willy! —gritó Lola—. Acuérdate de lo que he sido para ti.

—Tú también fallaste, corazón.

—¡No! —gritaron las víctimas a una.

Tolling apretó el gatillo sólo dos veces, pero tuvo bastante.

Lola y Dick recibieron el plomo en el pecho y se derrumbaron.

La puerta se abrió por detrás de Tolling y apareció un hombre de tez cetrina y piernas estevadas.

Tras observar los cadáveres que había en el suelo, preguntó:

—¿Por qué fue la rabieta, jefe?

—Dick demostró que no servía para nada.

—¿Y ella?

—La tenía muy repetida. Sustituiré a las dos, a Lola por Anne Orping y a Dick por ti, Tony.

—Gracias, jefe.

—Ya tienes trabajo, muchacho. Y eso servirá para probar tus cualidades.

—Me gusta hacer de enterrador.

—No me refería sólo a eso. Tony. Quiero hablarte de cierto tipo a quien quiero que le siente muy mal el clima de Madoxville... Su nombre es Rocky Miller.

CAPITULO XIII

Henry Clarke, presidente del Consejo de Administración de La Voluptuosa Habanera, S. A., entregó un gran fajo de billetes a Rocky y le estrechó la mano.

—Señor Miller, celebro mucho que haya cumplido su palabra.

—No tuvo importancia. Sólo tuve un poco de suerte.

Teo Full no cabía de gozo y palmeó la espalda del sheriff Marcomby que tenía al lado.

—No dio una en el clavo con nosotros, ¿eh, Marcomby?

El sheriff cerró el ojo izquierdo para mirar al abuelo.

—Si yo estuviese en su lugar, aprovecharía ese dinero para marcharme de Madoxville.

—Ha adivinado nuestra idea, sheriff. Es justo lo que Rocky y yo vamos a hacer.

Miller se abanicó con el manojo de billetes mientras decía:

—Todavía nos quedaremos en su ciudad algún tiempo, sheriff.

—¿Por qué?

—No queremos perdernos la fiesta en que se fallará el concurso culinario. Quiero que Teo aprenda a cocinar los platos que se lleven la recompensa.

Marcomby puso muy mala cara al oír aquello.

—Ustedes son un par de tipos que traen consigo toda clase de líos. Los vigilaré estrechamente. Miller.

—Gracias por el favor, sheriff. Ahora tengo mucho dinero y no me gustaría que me robasen. Usted lo impedirá, naturalmente.

Clarke lanzó una risotada.

—Oiga, Miller, tengo una proposición que hacerle. Necesitamos hombres de su temple para guardar nuestra mercancía. Presido una Sociedad que tiene ramificaciones por todo el Oeste.

—No me interesa, señor Clarke.

—Le advierto que ganaría un buen sueldo... ¿Qué le parecen tres cientos al mes?

—Admito que es un pellizco de clase; pero no me gusta estar sujeto a nadie, ni los trabajos sedentarios.

—Yo procuraría ofrecerle la mayor libertad de movimientos. Precisamente no se trata de un puesto sedentario. Hemos sufrido

unos cuantos asaltos y hasta ahora sólo recuperaremos la mercancía que usted ha traído aquí. Naturalmente, además de los trescientos dólares tendría un tanto por ciento sobre el valor de lo que rescatase.

—Lo pensaré, señor Clarke.

—Tendrá que decidirse pronto. Mañana por la mañana saldré de aquí, y para entonces, me gustaría tener su respuesta.

—De acuerdo, Clarke. La tendrá.

—Me alojo en el hotel Hayes, habitación 34, aunque también estaré en la fiesta esta noche. Me invitó el alcalde y no quiero perdérmela.

William Tolling se encontraba presente en el acto como representante de las fuerzas vivas de la ciudad y hacía esfuerzos para contener la ira que le invadía. Tal como había previsto, Rocky Miller se había convertido en el peor enemigo para él. No podía consentir de ningún modo que Miller aceptase la oferta de Clarke. El, Tolling, era organizador de los asaltos a La Voluptuosa Habanera, S. A. Un mes antes, media docena de sus hombres habían robado de un almacén de Saratoga City mercancías por valor de 5.000 dólares, y doce semanas atrás, diez de sus mejores muchachos se llegaron al puerto de Matagorda, donde pegaron un golpe perfecto, adueñándose de tres carromatos cargados con hojas de tabaco destinadas por La Voluptuosa Habanera a la manufacturación de cigarrillos.

Pero eso sólo era una parte de su negocio. Sus hombres se dedicaban a otra clase de asaltos. No tenía predilección por el tabaco. Los muchachos robaban todo cuanto pudiese significar un beneficio. Pero siempre era él quien organizaba los golpes.

Hasta entonces Dick había sido el encargado de elegir a la gente. A partir de aquel día seria Tony. Era muy bueno aquello de contar siempre con un testaferro para ocuparse de los chicos. De esa forma, él, Tolling, podía permanecer siempre en la sombra. Seguiría dirigiendo por muchos años los hilos de la trama, pero debía tener sumo cuidado en impedir que tipos como Rocky Miller se le cruzasen en el camino.

Aquel forastero, no sólo le había echado a perder el negocio de

los veinte mil dólares, sino que se cernía amenazador entre él y Anne Orping. Había pensado en Anne como una favorita que un día

ocuparía el lugar de Lola en su harén; pero ahora estaba dispuesto a casarse con ella, si ése era el único medio a su alcance para conseguirla.

Unos días antes, Anne Orping hubiese respondido afirmativamente a una propuesta de matrimonio; pero ahora las cosas habían cambiado y también eso era debido a la aparición de Rocky Miller.

Estaba claro; aquel muchacho no podía seguir viviendo.

Tolling dio unos pasos acercándose a Rocky y a Clarke.

—Me temo que tiene competencia, Clarke —dijo.

—¿A qué se refiere, Tolling?

—Yo también quería ofrecerle un empleo a Miller. Ya sabe, compré recientemente un rancho en Alamo Gordo y necesitaba un buen capataz.

Clarke sonrió.

—Ya sabe lo que Miller acaba de decir. No le gusta obligarse con nadie, especialmente si se trata de un trabajo sedentario.

Tolling sólo había intervenido para probar que él también sentía simpatía por Miller. Muy pronto el forastero estaría muerto, pero nadie sospecharía de él.

—Creo que todo depende del precio. Yo estoy dispuesto a mejorar esa oferta, Clarke.

—¿Cuánto pagaría? —preguntó Rocky.

—Cuatrocientos al mes.

—No está mal.

—Agregue que tendría casa y comida gratis.

—¡Acepta, Rocky! —gritó Teo.

Miller quedó pensativo unos instantes y luego dijo;

—Decidiré lo que me conviene esta misma noche. ¿De acuerdo, caballeros?

Clarke y Tolling sonrieron, manifestando su conformidad.

Poco después, Miller y Teo abandonaban la oficina.

Cerca del Saloon Madoxville vieron a Jim «Barbarroja» subido en lo alto de un barril y voceando:

—Señoras y caballeros, ¿quieren tener hijos robustos y sanos...? ¿Quieren permanecer en el seno de la familia lejos de toda contaminación...? Un sabio alemán acaba de hacer un descubrimiento. Los Condimentos Prestley contienen vitaminas que

combaten el escorbuto, el sarampión, la viruela, el dolor de muelas...

—Seguro que también es el mejor purgante para matar la solitaria —dijo un gracioso.

Todos los oyentes prorrumpieron en grandes risotadas.

Jim bailoteó sobre el barril.

—Les juro que cuanto digo es cierto, señoras y caballeros. Tomen ricos y sanos alimentos, despachando en su mesa mis condimentos.

Un tomate voló por el aire y golpeó contra la cara de Jim. El agresor, un chiquillo, echó a correr y desapareció por la más próxima esquina.

Las risas del auditorio aumentaron al sobrevenir aquel incidente.

Jim había saltado del barril para perseguir al muchacho, pero Rocky le detuvo.

—Déjalo, Jim. No lo alcanzarías nunca.

—Estoy vencido, Rocky... No me darán el premio... Todos mis esfuerzos como cocinero no han servido para nada y la culpa la tuve yo al elegir el nombre del plato. Pulpo a la berenjena. Es néctar de dioses, pero la gente, sólo de oír lo del pulpo a la berenjena, empieza a sentir náuseas... ¿Te quieres creer que hasta ahora no he logrado que un solo de los jurados lo pruebe...? No obtendré un solo voto.

Rocky se rascó por detrás de una oreja.

—Conque ése es el problema, ¿eh?

—Sí, muchacho.

—Bueno, pues creo que se me ocurre una idea... Vamos a esa fiesta.

* * *

—¿Ha probado usted el «Soufflé a la Aurora»? —preguntó la señora Harrison, alcaldesa de Madoxville.

—¿Aurora...? ¿Se refiere a la nueva girl del saloon de Pierre? —repuso la señora Través, mujer del médico local—. Me han dicho que es una descocada.

—Oh, no, señora Travers; el «Soufflé a la Aurora» está condimentado con coliflor, patatas y pollo y se llama «Aurora» porque fue inventado por las cocineras del hotel «Palos» en Kansas

City.

—Cada día dan a los platos de cocina nombres más estúpidos. ¿Se ha fijado en ese de la derecha, el que lleva el número 33...?

Tiene el nombre de «Plato Regente Luis Carlos», y yo, cuando me he asomado, sólo he visto judías con chorizo.

La alcaldesa arrugó la nariz. Por algo la señora Travers tenía fama de inculta. Según decían algunos, el doctor Travers había encontrado a Leonor, su mujer, en una quincallería mexicana de El Paso.

Mientras tanto, los miembros del jurado estaban cumpliendo su misión.

Most Michel, el empresario de pompas fúnebres, se había aflojado tres veces el cinturón, ya que se dedicaba a probar todos los platos .que se presentaban al concurso. Había llegado al local armado con un cubierto completo que guardaba en el bolsillo, junto con dos servilletas.

Ahora estaba atacando la «Salsa Tártara con huevos moldeados al quiebro», plato presentado por la viuda Collaway, famosa por su buena cocina, aunque se decía que había envenenado a sus tres maridos con su fina repostería.

El alcalde, señor Harrison, se hacía lenguas de la concursante número doce, la señorita Lorencini, que había presentado un plato de raviolis con besamel, gratinados. La propia señorita Lorencini se encontraba allí, recibiendo las felicitaciones de unos y otros; pero en realidad, los miembros del jurado se acercaban a ella porque la señorita Lorencini tenía mucho que contemplar. Estaba por los treinta años y poseía un cuerpo de curvas muy pronunciadas.

—¿Por quién votará, señor alcalde? —preguntó la hermosa.

—Es un secreto —contestó con una sonrisa la primera autoridad de Madoxville.

—Si me elige a mí, tengo la intención de invitarle a mi casa para prepárale un plato especial...

La nuez del alcalde bailoteó en la garganta al ver que la señorita Lorencini acompañaba sus palabras con un suave abaniqueo de pestañas y un ligero desplazamiento de la cadera derecha.

—¡Voto! —gritó el alcalde sin darse cuenta, y se mordió el labio inferior al ver que su mujer le dirigía una aviesa mirada.

El glotón señor Michael llegó ante el plato llamado «Pulpo a la

berenjena» e instantáneamente se quedó con la boca abierta y los ojos parecieron irle a saltar de las órbitas. Se puso los dedos en la nariz y pasó de largo.

En este momento alguien le tocó en el hombro. Ante sí vio a un tipo, Olle, el ayudante del sheriff.

—Tengo una carta para usted, Michael.

Most tomó el sobre y, cuando Olle se hubo alejado, lo rasgo extrayendo su contenido, una carta que decía así:

«Consuelito, la muchacha que ve usted los lunes, miércoles y viernes a las diez de la noche, cuando dice en su casa que se va a ventilar un asunto de negocios, le recomienda el "Pulpo a la berenjena".»

El empresario de pompas fúnebres se apresuró a romper el papel y, tras permanecer envarado durante unos segundos, dirigió una triste mirada al plato al que se refería su anónimo comunicante.

El alcalde señor Harrison también recibió una carta. En ella había escrito:

«Cuando llegó casado del Este dijo que su mujer procedía de una rancia familia oriunda de Virginia, pero un servidor sabe que la alcaldesa trabajó en Chicago formando parte en la revista "Todo por un dólar". ¿Ha probado el "Pulpo a la berenjena"? Es único.»

El alcalde se puso rojo, luego amoratado y finalmente su piel adquirió un color verdoso.

Se apresuró a romper también su carta y miró por el rabillo del ojo a su alrededor, observando que se había producido un curioso fenómeno entre los miembros del jurado, ya que casi todos estaban leyendo unos mensajes.

—Caballeros —dijo—. ¿Qué les parece si nos reunimos en la sala para votar?

La mayoría contestó nerviosamente, pero todos coincidieron en que era llegado el momento de decidir el fallo.

Anne Orping había acudido a la fiesta en compañía de su empleado Dort Randall.

Una mano se posó en el hombro de éste.

—Muchacho, ¿por qué no vas a beber un trago?

El que acababa de hablar era Rocky Miller.

Dort sonrió sacudiendo la cabeza.

—Ahora mismo, señor Miller.

Se apresuró a marcharse antes de que Anne Orping pudiese decir algo en contra.

—Buenas noches, Anne —saludó Rocky.

La joven lo miró con los ojos entornados.

—¿Tiene el valor de acercarse?

—¿Por qué no?

—Teniendo en cuenta lo que sucedió durante la última entrevista, lo lógico es que permaneciese lejos de mí.

—Me gustó mucho aquella cita y gustosamente la repetiría.

—¿Cómo se atreve?

—He recordado unas cuantas veces aquella escena… Tú en el diván tendida como una gata, haciéndome guiñotos con los ojos…

—¡Señor Miller!

—¿Es que no es verdad?

—Muy bien, señor Miller —dijo ella y pegó una patadita en el suelo—. Es cierto. Hice todo eso.

—Repitámoslo.

—¡Ni lo piense! Sépalo de una vez, señor Miller. Yo hice todo aquello por un voto.

—Me pregunto qué habrías hecho por tres.

—Tiene muy poca gracia.

—Pero también he pensado que pudiste elegir a muchos miembros del Jurado y, sin embargo, fui yo el escogido.

—¿Qué conclusión saca de eso?

—Te lo diré mientras bailamos.

Una orquesta integrada por cuatro, músicos se había puesto a interpretar una pieza.

Rocky atrapó por la cintura a Anne.

—No quiero bailar con usted —dijo ella.

No obstante, se vio obligada a seguir los pasos de Rocky porque él le dio impulso. Era un vals.

—Anne, quiero preguntarte por qué es tan importante para ti ganar el concurso culinario.

—Seguiré siendo libre… Nunca me ha gustado depender de nadie.

—¿Ni de un marido?

—En absoluto.

—¿Por qué?

—El matrimonio no me interesa. Me basta dirigir una mirada a mi alrededor para darme cuenta de que la mayoría de los esposos no cumplen sus promesas.

—No es una razón muy convincente desde el momento que admites que no todos son iguales.

—¿Cómo sería usted, señor Miller?

—La verdad es que yo tampoco he pensado nunca en la posibilidad de casarme.

—Suponga que ahora está casado. ¿Cumpliría su juramento?

—Es posible.

—Pero no está seguro.

—Bueno, confieso que tendría que pasar por el trance.

—¿Lo llama trance?

—Es sólo una forma de hablar.

—Pero le ha salido muy espontánea. Decir «trance» es como encontrarse en una situación apurada crítica…

—Le das demasiada importancia.

—Todos los hombres son iguales. Por ello he querido demostrar que yo he sabido bastarme a mí misma. Ustedes creen que las mujeres estamos sólo para esperar a que uno se acerque diciendo: «¿Quieres casarte conmigo?» Y con eso ya está hecho todo. Una ha de atender la casa, coser, preparar la comida, lavar, fregar, mientras el hombre anda por ahí sabe Dios con quién.

—Yo pasaría todo mi tiempo libre con mi mujer.

—No lo creo.

—Ya veo que resulta imposible hacerte cambiar de opinión. Eres una chica muy testaruda.

—Sólo lo soy cuando tengo razón.

—Eso es lo peor, que siempre te crees con ella.

—Usted resulta muy gracioso, señor Miller… Acaba de decir que cumplirá su juramento de fidelidad… ¿Se ha dado cuenta de qué clase de tipo es?

—Dímelo tú.

—Es un aventurero, un vagabundo.

—Confieso que lo soy.

—Apuesto a que nunca ha pensado en quedarse en el mismo sitio.

—También es cierto. Me gusta ir de un lado para otro.

—Si se casase, haría de su mujer una desgraciada. Es posible que pasara con ella algunas semanas o quizá meses, pero tarde o temprano le dejaría plantada

Rocky no contestó nada.

—¿Qué responde? —dijo la joven—. Aunque en realidad no hace falta que lo haga. Su silencio ha sido bastante elocuente... Sabe que he puesto el dedo en la llaga...

—Te participaré un secreto, Anne. Yo también he pensado como tú con respecto al matrimonio. Jamás me he visto como un hombre casado, junto a la chimenea, cerca de mi mujer. He imaginado en la mecedora a todas las mujeres que he conocido, rubias morenas y pelirrojas, y te aseguro que algunas de ellas eran muy simpáticas. Al principio me agradaba la idea, pero luego pensaba en el transcurrir del tiempo, siempre la misma rubia o la misma pelirroja... Resulta monótono...

—Ahora está descubriendo su verdadero yo. Ha coincidido en todo conmigo. Pensamos igual.

En aquel momento se abrió la puerta de la habitación en que habían permanecido los miembros del jurado. Apareció en el hueco el alcalde, quien tenía un papel en la mano.

La orquesta dejó de interpretar la pieza, produciendo un expectante silencio entre el auditorio.

—Señoras y caballeros —dijo el alcalde—. Quiero anunciarles el fallo del IV Concurso Culinario de Madoxville...

CAPITULO XIV

El alcalde carraspeó fuertemente.

Los músicos interpretaron una marcha rápida que terminó con una prolongada nota.

Se introdujeron siseos para acallar los murmullos. Finalmente, el alcalde levantó el papel que tenía entre las manos y tosió dos veces.

—Damas y caballeros: Este jurado, que me honro en presidir, concede el primer premio del IV Concurso Culinario de Madoxville al plato denominado «Pulpo a la berenjena».

Siguió reinando un silencio sepulcral y el alcalde prosiguió:

—Plato que ha sido cocinado por Jim Prestley.

Un aullido rasgó la atmósfera.

Los músicos se pusieron a interpretar otra vez la marcha.

De pronto, por encima de las cabezas, apareció, Jim Prestley cabalgando sobre los hombros de Teo Full.

Los dos abuelos gritaban a voz en cuello. Anne Orping había escuchado el fallo del primer premio con un gesto de asombro.

—Todavía queda el segundo para que te consueles —dijo Rocky.

El alcalde hizo acallar la orquesta, pero no pudo lograr que Prestley y Full contuvieran su alegría.

Por encima de aquellas voces anunció:

—El segundo premio es para el plato denominado «Ravioli con besamel gratinado», que ha sido condimentado por la señorita Lorencini.

Anne Orping apretó los dientes rabiosa.

—No puedo consentirlo.

—¿Por qué no?

—Esto es un arreglo.

—¿De quién?

—Yo soy mejor cocinera que la señorita Lorencini.

—Eso es algo muy problemático. Tengo la impresión de que la señorita Lorencini sabe mucho más de aderezos picantes.

—¿Ha tenido oportunidad de comprobarlo, señor Miller?

—No. Todavía no.

—Le comprendo. No pierda la esperanza de hacerlo.

—No seas mal pensada, Anne, pero dejemos ya lo del concurso.

¿Qué vas a hacer ahora?

—Seguir luchando

—Hablas como si hubieses emprendido una guerra.

William Tolling se acercó a los jóvenes.

—Buenas noches, señorita Orping.

—¿Se encuentra mejor, señor Tolling?

—Desde luego, mucho mejor… Ah, está usted aquí, Rocky… Imagino que ya habrá pensado en la oferta.

—Sí, he pensado en ella y he decido aceptar.

—Bravo, Rocky.

—No me refería a su empleo, señor Tolling, sino al del señor Clarke.

—Pero yo le ofrecí más dinero… No lo entiendo.

—Se lo explicaré, Tolling. El trabajo como vigilante de la sociedad de Clarke va más de acuerdo con mis condiciones que el de capataz de su rancho.

—Pero también resulta más peligroso.

—Si, Tolling. No dudo que lo será, pero podré seguir enfrentando mi revólver a los forajidos.

Tolling sonrió a duras penas.

—De todas formas, le felicito, puesto que ahora lo veremos con más frecuencia por Madoxville.

—¿Es cierto que va a trabajar en un empleo permanente, Rocky? —preguntó con una gran espontaneidad Anne.

Miller se la quedó mirando a los ojos.

—Sí, Anne, aunque tendré que viajar de un lado a otro. Pero quizá me decida a establecer mi domicilio en Madoxville. Depende de algunas cosas.

—¿Puede saberse de qué, señor Miller?

—De que cierta chica cambie de opinión respecto al matrimonio:

—¿No cree que usted también debe cambiar?

—Tienes razón. Por eso he pensado que ella y yo podríamos, cambiar al mismo tiempo.

Tolling estaba escuchando a los dos jóvenes con la boca abierta.

Tenía la impresión de que ambos ignoraban absolutamente su presencia.

Nunca en su vida había sufrido una humillación como aquélla.

Carraspeó con fuerza para hacerse notar.

Pero no le sirvió de nada, porque Anne y Rocky continuaron mirándose en silencio.

Entonces Tolling dio media vuelta y se alejó de los jóvenes preso de todas las furias.

Pasó rápidamente por entre las mesas que contenían los platos y fue hacia un grueso cortinaje que defendía una puerta al fondo de la sala.

Allí se detuvo y sonrió nerviosamente mientras observaba a su alrededor.

—Tony, ¿estás ahí?

—Sí, jefe —le contestó la voz de su nuevo lugarteniente.

—No quiero que ese bastardo viva un segundo más.

—He contratado una pareja de muchachos que llegará dentro de media hora.

—No puedo esperar media hora.

—Lo siento, jefe, pero usted me dijo...

—No importa lo que te dijese antes. Hazlo tú mismo.

—¿Yo?

—No seas estúpido. Tony. Puedes hacerlo desde ahí mismo.

—Pero no veo a Rocky.

—Está en el fondo del saloon.

—Soy un buen tirador, pero hasta ahora no he dado con la forma de que una bala describa una curva.

—Yo mismo te lo traeré. ¿De acuerdo, Tony?

—No me gusta mucho, pero si usted lo dice, le obedeceré para demostrarle que soy mejor que Dick Score.

Tolling sonrió otra vez y se puso en marcha hacia el lugar donde había dejado a los dos jóvenes.

Dio un respingo al descubrir que continuaban mirándose.

—Menudo par de idiotas —dijo en voz alta y, al notar que la alcaldesa le había oído, le dirigió una sonrisa de dientes afuera.

Al llegar ante Rocky, le palmeó la espalda.

—Miller, quiero que brindemos.

Rocky pareció salir del estado de sonambulismo en que se encontraba y lo mismo le ocurrió a Anne.

—No tengo ganas de beber —repuso Miller.

—No puede negarse, Rocky. Me he dado cuenta esta noche de algo muy importante. Usted y Anne se sienten atraídos mutuamente.

Algo ha nacido entre ustedes y yo sé lo que es: el amor.

Rocky arrugó el ceño y miró a la joven.

—¿Tendrá razón nuestro amigo Tolling?

—Sí, Rocky, creo que acertó.

Fueron a abrazarse, pero Tolling los interrumpió.

—Un poco más despacio, tórtolos. Ya tendrán tiempo para arrullarse. Ahora hemos de brindar por su eterna felicidad —tomó a cada uno del brazo, poniéndose él en medio, y los empujó por el salón.

Anne fue a ponerse justamente frente a la cortina roja, pero William la obligó a dar media vuelta y de esa forma Rocky Miller quedó listo para que Tony le pudiese meter una bala desde su escondite.

Luego Tolling atrapó una botella de champaña y dijo:

—Me gustan las parejas de enamorados.

Miró de reojo hacia la cortina y dio un respingo, al no ver los pies de Tony por debajo. ¿Adónde habría ido aquel desgraciado?

Anne se acercó a Miller.

—Rocky… ¿Es cierto lo que me has dicho?

—¿Qué te he dicho?

—Que me quieres, que no puedes pasar sin mí, que soy la única mujer de tu vida…

Rocky no había dicho ninguna de aquellas frases, pero, como las había pensado, asintió.

—Sí, nena.

Tolling dio un suspiro de alivio al ver aparecer por debajo de las cortinas las botas de Tony.

—Alegría, muchachos —dijo sin poderse contener.

No se dio cuenta de que en su nerviosismo estaba descorchando la botella.

Sonó un estampido.

Era el tapón de la botella que se acaba de descorchar sola.

Tolling lanzó un grito y cayó sobre los cuartos traseros, derramando el contenido de la botella sobre su cara.

Anne y Rocky acudieron en su ayuda, así como otras personas que se hallaban cerca.

Tolling se puso en pie excusándose.

—Debo haber pisado algo que me ha hecho resbalar. No se

preocupen, amigos; esto no ha sido nada.

Pero estaba lanzando maldiciones en su fuero interno porque él mismo acaba de demorar la muerte de Rocky con aquel estúpido incidente.

Todavía conservaba la botella en la mano.

La miró al trasluz observando que contenía la mitad del champaña.

Acercóse a la mesa y escanció en tres copas.

—Permítanme que haga el brindis —dijo.

Distribuyó las copas y levantó la suya.

—Por la felicidad de mis buenos amigos Anne Orping y Rocky Miller.

Empujó discretamente a Rocky para ponerlo más al alcance de la bala que llegaría desde el cortinaje.

Con una sonrisa se llevó la copa a los labios.

Anne y Rocky hicieron entrechocar las suyas.

Tolling apostó a que Tony dispararía cuando Miller estuviese bebiendo el primer trago.

Miró la mano de Rocky que sostenía la copa y vio como la iba acercando poco a poco a los labios.

—¡Ahora!

De repente Miller se volvió como una centella.

Sonó otro estampido.

Pero esta vez fue un disparo de pistola.

Tolling contempló asombrado a Rocky, porque era éste quien había hecho fuego.

Las cortinas rojas se movieron y por entre ella apareció Tony dando traspiés.

Dejó escapar un chorro de sangre por la boca y se derrumbó.

—Vi su mano armada reflejada en la copa —explicó Rocky—. Iba a disparar sobre mí.

Se acercó al hombre que había alcanzado con su plomo al ver que sus labios murmuraban algo. Puso una rodilla en el suelo.

—Tolling —le oyó decir—, ese Miller es algo serio… No pude con él.

Volvió la cabeza bruscamente a tiempo de ver que Tolling tenía ya el Colt en la diestra.

Rodó por el suelo y eso fue lo que le salvó la vida.

Los dos proyectiles que escupió el revólver manejado por Tolling picotearon en el suelo.

Luego le llegó el turno a Rocky.

El proyectil que envió su cañón tropezó contra el pecho de Tolling.

Las mujeres de la sala se habían puesto a dar chillidos desde que se produjo el primer disparo.

El sheriff Marcomby se abrió paso entre los hombres hasta llegar al lugar de la lucha.

Tolling estaba tendido en el piso.

—Miller, ¿qué significa esto?

Tolling alzó la cabeza mirando con odio a Rocky..

—Maldito sea, Miller. Me estropeó el negocio de los cigarros… Me quitó a la mujer que yo quería para mí… Fui un tipo grande, monté una organización que me habría convertido en millonario… y con todo eso acabó usted… Pero yo también lo enviaré al infierno —levantó el revólver para disparar, pero se estremeció y derrumbose de bruces.

En el silencio que siguió a la muerte de Tolling, Rocky tomó a Anne por el brazo y se. la llevó del salón.

En el jardín, Anne echó los brazos al cuello de Miller.

—Rocky, abrázame, estoy helada.

Rocky la abrazó y la besó en la boca,

Teo y Jim *Barbarroja* pasaron por su lado canturreando porque habían empinado el codo más de la cuenta.

—¡Viva los «Condimentos Prestley»!… ¡Si quiere olvidar su pena, coma «Pulpo a la berenjena»!…

F I N